

RIVAS MORENO

Anécdotas de Hombres célebres contemporáneos

Librería y Casa Editorial de Sucesores de
Hernando, Quintana, 31, Madrid.

Los Progresos del Campo y la Cooperación

Ocupándose «La Voz de Galicia» del último libro de Rivas Moreno, escribe lo siguiente:»

«Incansable en su labor sostenida durante muchos años a la par que las funciones oficiales activas y hoy desarrollada en su vida de jubilado, con la misma intensidad y vigor de los días juveniles, el venerable Rivas Moreno acaba de dar a luz un nuevo libro.

Se titula «Los Progresos del Campo y la Cooperación» y forma un abultado tomo en cuarto mayor, cuyo contenido es en alto grado interesante.

Conforme el título indica, trátanse en este volumen una serie de cuestiones directamente relacionadas con el fomento de la cultura y el progreso agrícolas, y consideradas a la luz del esfuerzo y la organización Cooperativa impulsores del adelanto agrario.

Páginas enjundiosas, bien aprovechadas, nutridas de enseñanzas para el lector que en esta obra, como en las demás de Rivas Moreno encontrará materia abundante de información, acertados juicios, sabios consejos, orientaciones seguras e iniciativas utilísimas.

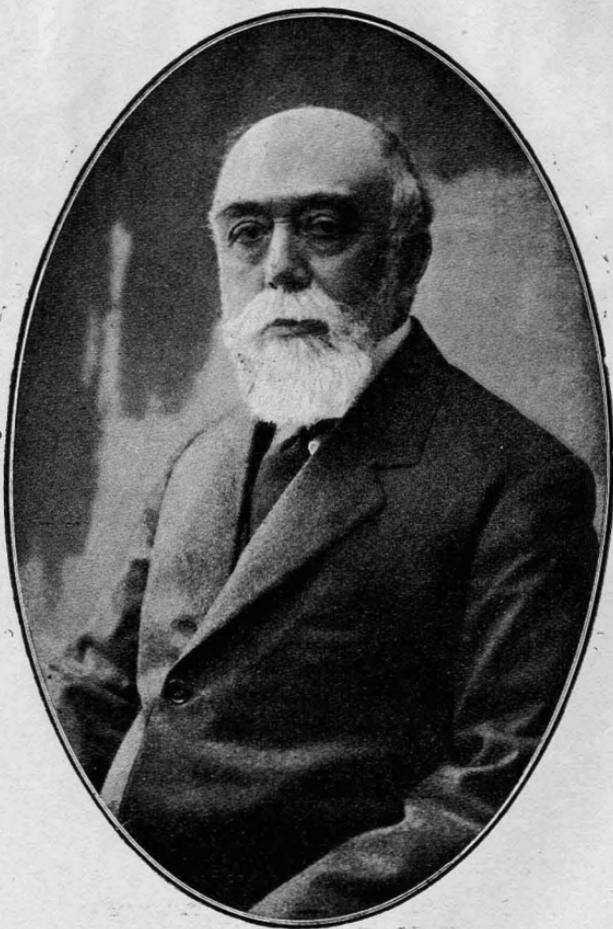
Desde el estudio de los latifundios hasta el régimen agrario de compras y ventas en común, a través del centenar de artículos que constituyen este tomo, va exponiendo el docto Rivas Moreno sus ideas acerca de los elementos de la producción, de la propiedad de la tierra, de la organización de Sindicatos, de las instituciones de ahorro, de las Cooperativas agrícolas, los seguros de cosechas y ganados, la usura y en fin todas las manifestaciones de la moderna vida del campo; y las expone con claridad y método, sin inoportunas digresiones, procurando que el lector recoja íntegra la enseñanza a costa del menor tiempo y esfuerzo.

El nuevo volumen del Sr. Rivas Moreno, es otra prueba más de su gran cultura, de su laboriosidad infatigable, de su anhelo por el avance de la industria agrícola nacional.

Reciba el autor, antiguo y querido amigo y colaborador nuestro, con el testimonio de gratitud por el envío de su excelente trabajo, una enhorabuena muy sincera».

RIVAS MORENO

Anécdotas y notas biográficas
de
hombres célebres contemporáneos



Rivas Moreno

S. M. EL REY ALFONSO XIII

PRIMER AGRICULTOR DE ESPAÑA



El Conde de San Bernardo, de feliz memoria, me habló mucho de las aficiones agrícolas del Rey y de la facilidad con que se capacitaba de todos los problemas que con la explotación del suelo se relacionan; pero era mi inolvidable amigo tan ferviente dinástico, que muchos de sus juicios parecían influidos por su gran cariño al monarca y, sin dudar de la rígida sinceridad del caballeroso prócer, siempre me asaltaba la duda de si miraría los hechos por los cristales de aumento de su acendrado afecto a D. Alfonso.

Sucesos interesantes, y hasta ahora no referidos en letras de molde, me pusieron al habla con el señor conde de Retamoso, y cuando nos unieron los vínculos de sincera amistad, tuve ocasión de oír palabras de gran encomio respecto a las aficiones y aptitudes agrícolas de nuestro monarca. Retamoso, como San Bernardo, era un incondicional del Palacio de Oriente, pero incapaz de traicionar por nada la verdad ni la conciencia.

La suerte quiso preparar los sucesos de modo que yo pudiera tener motivo para juzgar de las aficiones agrícolas de nuestro monarca, no por testimonio ajeno, sino por impresiones directas.

El mismo día que SS. MM. y el Presidente del Consejo llegaron a Alicante para presenciar las fiestas de invierno de 1912, don Alfonso nos invitó a las autoridades para comer en «El Giralda». Entre los comensales debía figurar el Sr. Arzobispo de Valencia, pero el ilustre prelado no pudo asistir y su aviso llegó con retraso; dando esto ocasión a que la comida se demorase algo, pues los reyes deseaban testimoniar su especial consideración al Sr. Guisasaola, esperando más que de ordinario se hace en estos casos.

¡Qué minutos aquellos tan bien aprovechados!

En un saloncito contiguo al comedor nos reunimos los invitados, y allí se presentaron los reyes saludando a todos con extraordinaria afabilidad y sin que se viera en ninguna ocasión la tiesura de la etiqueta palaciega.

En aquella deliciosa estación invernal, donde en los meses de Enero y Febrero habíamos vestido ropa de poco abrigo, porque la temperatura era propia de los días de verano, y donde la pertinaz sequía es causa de muerte para los árboles de más profundas raíces, al descender SS. MM. del coche-salón se inició una lluvia, tan benéfica para los campos como inoportuna para el resultado de los festejos que había dispuestos. Los días siguientes fueron espléndidos, y las fiestas alcanzaron el éxito más lisonjero.

Estos sucesos dieron ocasión a D. Alfonso para hablar de las inundaciones de Andalucía y de la sequía en las provincias de Levante, exponiendo muy oportunas observaciones y lamentando con palabras de gran sinceridad las tristezas que estos contratiempos habían llevado a la población agrícola.

Estaba yo verdaderamente embelesado escuchando de tan augustos labios la relación de los trabajos hechos en El Pardo para el alumbramiento de aguas con destino a los cultivos de aquel Real Sitio, y oía con gran regocijo la explicación que, con llaneza familiar, fácil palabra y dominio del asunto, hacía el monarca de las experiencias realizadas con distintas plantas en los terrenos que tiene en explotación; y, viendo cómo D. Alfonso manejaba cifras y calculaba gastos y probables beneficios, venía a mi memoria el hecho de que, en España, el 95 % de los modestos propietarios no llevan contabilidad, y al terminar el año agrícola, ignoran si saldan con déficit o superávit. Entre los grandes hacendados no habrá un 50 % que, como D. Alfonso, estén al tanto de los desembolsos que hacen y de las probabilidades de éxito con que cuentan para que las iniciativas llevadas a la práctica tengan provechoso resultado.

Apuntaba el monarca las dificultades que se habían vencido

en El Pardo para remediar en los terrenos la falta de arcilla y caliza; y sobre el empleo de abonos minerales y la influencia del calor y el agua en la calidad y cantidad de las cosechas hizo observaciones tan discretas y oportunas, que a honor hubiera tenido el suscribirlas un profesor de la Escuela de Agricultura.

Se lamentaba con justo motivo D. Alfonso, de que estuvieran improductivas tantas hectáreas de terreno en la Península, dando otras rendimientos mezquinos en relación con lo que se alcanzaría empleando procedimientos culturales modernos y adecuados.

Distribuído el terreno de El Pardo en pequeños lotes, las familias que viviesen a expensas de éstos, es cierto que se verían precisadas a sostener un presupuesto de gastos relativamente elevado, pero la proximidad a Madrid permitiría vender las hortalizas y demás productos a precios remuneradores, y las familias agrícolas cubrirían holgadamente sus gastos particulares.

Los pozos artesianos han tenido en El Pardo el éxito más lisonjero.

Sabía el Presidente del Consejo de Ministros que yo había hecho un viaje a Villena para estudiar los pozos abisinios y artesianos que en gran número existen en esta población y su término municipal, y por esta causa, el Sr. Canalejas me hizo la distinción de aludir a mis aficiones agrícolas; pero, atendida la alusión con brevedad y cortesía, escatimé palabras con objeto de seguir escuchando las interesantes observaciones de D. Alfonso.

Nada más fácil que distraer la atención del monarca y de los hombres eminentes que le rodeaban, haciendo historia de lo sucedido en Villena con los renombrados pozos abisinios, que pasan de 80, y los artesianos, que no bajarán de 20. El enorme caudal de agua que todos facilitan no causa desnivel sensible en ninguno de ellos. Una ojeada histórica para ver cómo los chinos alumbraban las aguas introduciendo en el terreno cañas de bambú, y que en la campaña de Abisinia de 1867 a 1868 se aprovecharon los pozos instantáneos para abastecer de agua a las tropas, daba materia-

les bastantes para una charla entretenida y amena; pero malgastar el tiempo en estas minucias, perdiendo la ocasión, única en la vida, de oír a un monarca discurrir sobre problemas agrícolas con llaneza y sin someter sus palabras a las exigencias del formulismo oficial, hubiera sido falta imperdonable.

¿Quién podría imaginar que en el «Giralda» todos los ánimos estaban a aquella hora solicitados por reflexiones regias de indiscutible interés para el país productor? Los que nos vieron embarcar en el bote del yate real sospecharían que sólo habría en nuestra reunión palabras para regocijados discreteos retóricos sobre asuntos livianos que recreasen el ánimo.

¡Cuánto hubiera disfrutado escuchando a D. Alfonso el Ingeniero agrónomo Sr. Janini, encargado de dirigir los trabajos rurales de El Pardo!

A Janini, que gracias a su gran cultura y laboriosidad ha conseguido aciertos de inapreciable valor, debe la riqueza viti-vinícola de la península beneficios difíciles de tasar.

Terminó la amenísima conversación del monarca, porque había llegado el momento de trasladarnos al comedor, y yo me quedé con el deseo de oírle discurrir sobre la famosa explotación de los montes de Balsaín.

Cuando los reyes llegan hasta el pueblo y éste puede apreciar por sus propios ojos que son dignos de respeto y cariño, el trono se coloca sobre cimientos incommovibles.

Por lo mismo que en España el ejemplo de los de arriba ejerce una influencia tan decisiva, estimo que es obra de patriotismo divulgar la devoción con que atiende el Primer Magistrado de la nación las obligaciones que le impone el engrandecimiento agrícola de su país.

(Mercurio—Nueva-Orleans)



EL ARCHIDUQUE

LUIS SALVADOR



Visité Palma de Mallorca después de un viaje muy detenido por Asturias y Galicia, donde tuve ocasión de admirar hermosos paisajes que en nada desmerecen de los sitios más pintorescos de Suiza, llevando por lo tanto el ánimo al archipiélago balear bajo la influencia del placer que proporciona la naturaleza, cuando se la contempla en las horas afortunadas de reunirse primores, maravillas y bellezas en el horizonte que domina nuestra vista.

En Palma de Mallorca contaba yo, y así sucedió, con poder adicionar nuevas notas de color al hermoso cuadro que la imaginación había trazado contemplando los deliciosos valles, las suaves colinas y las agrestes montañas de Asturias y Galicia.

La travesía la hice en pocas horas y con grandes comodidades en el hermoso vapor «Jaime I».

La expedición fué tan bien aprovechada, que reuní interesantes notas que me permitieron publicar una serie de artículos en que estudiaba todas las actividades de Palma de Mallorca; pero, con atención preferente, su progreso agrícola y económico.

Visité Sóller y Miramar, adonde fuí con el propósito de cumplimentar al Archiduque Luis Salvador.

El Archiduque estaba instalado en una gran casa que respondía cumplidamente a las necesidades y gustos de un rico hacendado; pero, ni en el interior ni en el exterior, se veían trazas que denunciaban la residencia de un individuo de la familia real de Austria.

Fuí recibido inmediatamente de ser anunciado, y Su Alteza estaba en un amplio comedor. Me enseñó la disposición en que tenía las manos, para demostrar que por enfermedad no podía estrechar la mía. Ya me había percatado de ello al saludarle, pues

unas vendas anchas le cubrían por completo las dos manos. La obesidad de Su Alteza era extraordinaria, hasta el punto de que, para ir a la capilla a oír Misa, tuvo que apoyarse en los brazos de dos individuos de la servidumbre.

Era la capilla en extremo reducida, pero a pesar de esto, encerraba verdaderos tesoros, pues las imágenes y objetos que en ella había fueron testimonio de amistad ofrecidos por augustas personas al Archiduque. Había pocos asientos y resultaban de forma tosca y nada cómoda. En el país se conocen con el nombre de *estormías* y se construyen formando el armazón de palmera y el relleno de paja.

Los pintores de paisajes tienen desde los miradores de la extensa finca del Archiduque un caudal inagotable de inspiración, porque la montaña, el arbolado, el mar y el sol ofrecen tan variados contrastes, que no es posible pedir mayores y más hermosas armonías a la naturaleza.

Hablé en aquella excursión con algunos individuos de la comarca, y pude apreciar que ciertas genialidades del Archiduque daban vida al disgusto de los campesinos que viven en los caseríos inmediatos a Miramar. No consentía Su Alteza que se recogiera el fruto de los olivares ni que se extrajera leña de la posesión, pues gustaba de ver todo el arbolado en su ordinaria rusticidad. Decían los campesinos que el Archiduque había pagado por las tierras adquiridas cuatro veces más de lo que valían, mostrándose en extremo liberal en todos sus contratos; pero el hecho de no aprovechar los rendimientos de tantas hectáreas de arbolado diverso, merecía de aquellas gentes amargas censuras.

Con gracejo extraordinario nos refirió un campesino la siguiente anécdota de Su Alteza:

Un arriero de aquellos contornos caminaba con varios mulos cargados de carbón vegetal, y habiendo calculado mal las fuerzas de uno de los animales, éste, falto de resistencia, al subir una cuesta, dió con la carga en el suelo. Era inevitable, para levantar al

animal, quitarle la carga, y esto lo pudo hacer el arriero sin grandes dificultades; pero la faena de colocar sobre el animal los fardos era empresa imposible, porque se precisaba el concurso de otra persona que sujetara el bulto de la derecha en tanto que él ponía el de la izquierda y cruzaba las cuerdas que habían de amarrar los fardos.

El Archiduque, que daba muy largos paseos y que vestía de tal guisa que, no conociéndole, se le tomaba por un hércules del país dispuesto a las más rudas faenas por merced muy mezquina, acertó a pasar por el sitio en que el arriero estaba en tan grave aprieto, y en el acto se le ofreció para remediar el daño. La ayuda era como providencial, pues las fuerzas extraordinarias de Su Alteza dieron pronta y satisfactoria solución a las complicaciones del malaventurado arriero. Este, en el colmo de la satisfacción, quiso testimoniar al Archiduque sus mejores sentimientos de gratitud, y, registrando los bolsillos del chaleco, encontró una moneda de diez céntimos, que puso en las manos de Su Alteza diciendo:

—Toma, para que bebas unas copas.

El Archiduque conservó la serenidad, guardó la moneda, y ésta fué como un gran trofeo de su propietario, pues la colocó en una suntuosa vitrina con un letrero que decía: «Este es el dinero que mejor he ganado en mi vida».

Esta versión la oí después a personas de muy distinto rango social, y, por mi parte, sólo puedo decir que *se non e vero...*

Era Su Alteza de gran sencillez de costumbres y su alma estaba siempre abierta a todas las generosidades.

Oí en Palma de Mallorca los más diversos comentarios acerca de las causas que habían inducido al Archiduque a vivir en aquella isla, alejado muchos años de la Corte de Austria.

Se instaló el Archiduque en Miramar, porque el suelo, el clima y el carácter del país satisfacían cumplidamente sus anhelos de turista.

Su Alteza, que hablaba y escribía el mallorquín y el español

correctamente, publicó un folleto en alemán y en español con el título: «Lo que alguno quisiera saber». En este interesante trabajo, dedicado a los miembros de la Sociedad para el Fomento del Turismo, se evidencia que Su Alteza había recorrido la isla de Mallorca en todas direcciones y que conocía las condiciones del país mejor que los allí nacidos.

Tengo a la vista el folleto citado, y voy a copiar algunas líneas, para demostrar que mis afirmaciones no son gratuitas.

En la página 43 se lee lo siguiente:

«Una cuestión que a muchos se presenta es la del coste de instalación de una modesta morada. Este de seguro no sobrepujará al de otros puntos del Mediterráneo; y si bien no será tan reducido como en Italia, asimismo, en general, será quizás más bajo que el precio mediano. Los terrenos no son exageradamente caros, y la mano de obra puede decirse módica. Los víveres son acaso más baratos que en otras cercanas costas, y, en general, de mejor calidad. Pescados, crustáceos y toda clase de mariscos son muy abundantes. Frutas de las mejores calidades, legumbres en rica cantidad en todas las estaciones, y también la carne, si uno se contenta con la del ganado lanar, no dejará nada que desear. El vino, barato y de buena calidad; las muchas variedades de almendras e higos secos no han de quedar inadvertidos. Los apreciados embutidos, como también los numerosos y excelentes platos de repostería, dulces y bizcochos que se hacen en la isla, serán suficientes aun para los mas difíciles de satisfacer.

«Una circunstancia única, verdaderamente digna de registrarse, es la tranquilidad del país y lo atento de la población, en medio de la cual, cualquier extranjero sin recelo puede vivir confiado; ventaja ésta que no se encuentra en otras muchas de las más favorablemente situadas islas mediterráneas.

«Hasta el día de hoy se ha conservado la vieja costumbre de no cerrar las casas de campo, por si acaso alguno, pasando por allá, algo de ellas necesitare».

En mi conversación con el Archiduque adquirí el convencimiento de que, para Su Alteza, sólo había una isla *Afortunada*, que era Mallorca.

A estos afectos y entusiasmos correspondieron siempre con noble reconocimiento los isleños, y así procuraron demostrárselo al Archiduque declarándole hijo adoptivo de la Diputación y del Ayuntamiento de la capital.

Las ciencias y las artes tuvieron siempre en Su Alteza un entusiasta y competente cultivador. Fué siempre amante de la naturaleza y las solicitudes de la política jamás ganaron su voluntad.

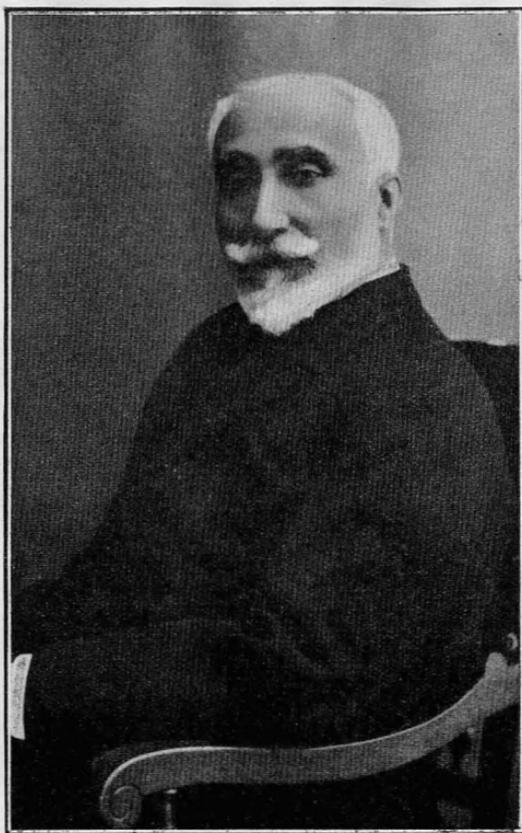
Viajó mucho y en sus libros ha dejado recuerdo perdurable de su gran espíritu de observación y vasta cultura.

El Archiduque llegó a Palma por primera vez en el verano de 1867, contando poco más de diecinueve años. Ha fallecido en su castillo de Brandeis, el 12 de Octubre de 1915.

«La Esfera» — Madrid



D. ANTONIO MAURA



Experiencias muy repetidas nos han demostrado que los hombres públicos que fueron voceros incansables de la democracia más extrema, cuando se les ha visto actuar en la vida de familia, su conducta acusaba el más lamentable desacuerdo con las ideas expansivas que informaban sus fogosos discursos del Parlamento y del *mitin*.

No son los que aparentan en público mayor devoción a la sinceridad y a la modestia, los que en privado cumplen con más rígida austeridad las disciplinas de estímulos morales que son patrimonio de los espíritus escogidos.

Para juzgar con garantías de acierto a los hombres que en el cultivo de los distintos ramos del saber ocupan lugar preeminente, hay que verlos en los momentos en que viven extraños a toda solicitud de vana notoriedad o de bastardas finalidades.

En la expansión de la familia, cuando la voluntad no se doblega a los frenos de estudiados egoísmos, el alma de los grandes hombres se exterioriza de suerte, que los que viven en su intimidad, adquieren conciencia plena de los quilates en que debe tasarse el concepto moral que merecen las personalidades de mayor relieve social.

El apasionamiento político no encuentra valladar que pueda contener las olas de la indignación contra el adversario; y en el deseo de restar a éste autoridad y prestigios, los hechos se falsean y las acciones más generosas se ofrecen a la opinión cubiertas por un velo de perfidias que fácilmente alcanzan la reprobación de los espíritus mejor dispuestos a juzgar con benevolencia los actos de los demás.

Por lo mismo que no figuré nunca en la lista de los amigos políticos incondicionales de Gamazo, a pesar de llevar con éste

ilustre repúblico muy sincera amistad, pude apreciar mejor la injusticia con que los adversarios le juzgaron en muchas ocasiones.

Era D. Germán de trato afable y sencillo, y para los suyos prodigaba de tal suerte sus cariños y bondades, que con razón le profesaban todos verdadera idolatría.

El hogar de la antigua nobleza castellana, donde una vida apacible y religiosa sin gazmoñerías trazaba el marco de la verdadera democracia doméstica, tuvo en casa de Gamazo una reproducción exacta y acabada.

En las tertulias del salón de billar, la nota culta y amena la daba siempre Maura con palabras de admirable corrección dentro de la más fina ironía. Había para D. Antonio devota admiración por parte de cuantos frecuentaban la casa de Gamazo; y no obedecía éste, ciertamente, al cariño verdaderamente paternal que profesaba D. Germán a su cuñado, sino a que los grandes talentos de éste, su cultura vastísima y su fecundo ingenio ganaban pronto la admiración y el afecto de los que cultivaban el trato de hombre tan superior.

Se habían iniciado las discrepancias políticas que distanciaron el gamacismo de Sagasta, ilustre jefe del partido liberal; y en la tertulia de la calle de Génova se hacía a diario el recuento de los adeptos, y se comentaban las vacilaciones de aquéllos que, atentos a las ventajas de «La Gaceta», no se atrevían a romper con Sagasta, que la tenía entonces en sus manos, ni a dar una negativa rotunda a las solicitudes de los que podían disponer del periódico oficial en plazo no remoto.

Un día, en que estos hechos se comentaban con mayor viveza, la partida de carambolas la jugábamos D. Germán, Maura, el senador Cuesta, D. Santiago, y yo. En un momento de descanso, Maura, esforzando un poco la voz, dijo: «Van Vds. a saber lo que me sucedió en Palma de Mallorca, siendo yo muy joven, con motivo de la llegada a aquel puerto de una escuadra inglesa. Desde que ésta ancló, la expectación pública fué tan grande, que todos

mostraron especial interés por visitar aquellos soberbios barcos de guerra. El primer día fueron innumerables las pequeñas embarcaciones que, abarrotadas de pasajeros, salieron del puerto para el sitio donde los barcos ingleses se encontraban. El tiempo estaba espléndido y los excursionistas regresaron muy regocijados, después de unas horas de agradable expansión. Yo tenía ahorradas unas pesetas y el ánimo me pedía con grandes apremios el gastarlas en ir, como los demás, a ver la escuadra; pero mi voluntad puso freno a estos estímulos por temor de incurrir en el desagrado de mi familia, que se había mostrado inquieta por los peligros que pudiera yo correr si tomaba un bote para hacer la deseada expedición. Al día siguiente, el espectáculo fué para mí de mayores alicientes, porque aumentó la animación y no quedó embarcación chica ni grande que dejara de hacer viaje al punto donde estaban los barcos ingleses: imposible dar idea de los estados de ánimo por los que yo pasé; pero la indecisión inclinó la balanza en favor de un nuevo compás de espera y tomé la resolución de visitar la escuadra al día siguiente, sin que pudiera hacerme volver de ese acuerdo ninguna consideración ni contrariedad. Llegó la hora deseada y, acomodado en un pequeño bote, navegamos con rumbo al sitio de nuestro anhelo, aguantando una lluvia pertinaz que amenazaba calarnos hasta los huesos. Llegamos al fondeadero de la escuadra inglesa; pero cuando ésta se encontraba navegando a bastantes millas de nosotros.

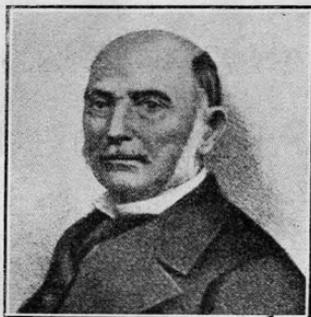
«La indecisión tuvo siempre como corolario obligado el llegar tarde y con daño».

La moraleja de este suceso dió ocasión para que Gámazo le pusiera muy sabrosos comentarios.

A los correligionarios que mostraban mayores vacilaciones para pasar las fronteras del *gamacismo*, a pesar de los favores recibidos, se les repitió con gracejo y fina ironía, que cuando *llegasen en busca de la escuadra no la encontrarían*.

«Mercurio»—Nueva-Orleans

POSADA HERRERA



El ilustre jefe del partido liberal, Sr. Sagasta, hizo una excursión por Asturias en 1892, y de ella conservó siempre recuerdos muy gratos (1).

Deseando en 1893 que yo dejara el Gobierno civil de Guadalajara, donde todo marchaba felizmente bajo la dirección política del Conde de Romanones, y fuera a posesionarme del de Oviedo, que tenía muchas y graves complicaciones, después de aleccionarme con la maestría que le era proverbial, para dar pronto y bien, cima a la árdua empresa que se me confiaba, procuró poner algo de miel al lado de los amargos acíbares que la gestión oficial había de hacerme paladear, y a este propósito trazó una serie de viajes por la noble y hermosa tierra asturiana, que bastaban a olvidar todas las penalidades de una lucha política sostenida por amigos y adversarios con la ofuscación del apasionamiento, y las vehemencias del sectarismo.

Cuando D. Práxedes, con aquel don de gentes que nadie ha superado decidía hacer agradable algún delicado cometido, los que estábamos a sus órdenes éramos subyugados por su amena conversación, de tal suerte que al salir del despacho de la Presi-

(1) En el discurso que pronunció Sagasta en Borines trazó un programa de economías, que la opinión acogió con singular interés.

Llamado D. Práxedes a los Consejos de la corona procuró traducir en hechos sus promesas, y ésta dió ocasión para que redactara y defendiera Moret el voto particular de la minoría democrática en un notabilísimo discurso, que fué contestado por Navarro Reverter con otro, que como el de Moret son en los anales parlamentarios dos verdaderos modelos de elocuencias.

dencia parecíamos alucinados por un estado hipnótico, y lejos de encontrar obstáculos para llevar a feliz término el honroso encargo, se notaba la impaciencia de cumplir pronto y con acierto los deseos del Jefe.

Los primeros meses de residencia en Oviedo tuve la atención tan vivamente solicitada por las complicaciones políticas de la región que no fué posible sacar partido de los itinerarios magistralmente trazados por D. Práxedes; pero el tiempo y la suerte pusieron afortunado remate a la normalidad, y hubo ocasión para que todos los planes de turista que llevaba en cartera tuvieron realidad muy halagüeña.

La primera excursión que organicé, con recorrido bastante largo y serias molestias, fué desde Oviedo a Cangas de Tineo. Llevábamos buen carruaje, y dos troncos de mulas de grandes bríos; pero el trayecto por la parte montañosa tenía cuestas de larga y pronunciada pendiente, y el ganado agotó sus grandes arrestos, y tuvo que ser renovado. En este viaje se hermanó lo útil con lo agradable, pues habiéndose presentado la filoxera en la pequeña zona vitícola de la provincia, me trasladaba al punto de la invasión con personal facultativo a fin de estudiar sobre el terreno las causas del mal y tomar las disposiciones oportunas para dominarle o contener su propagación. En esta buena obra los agricultores quedaron muy reconocidos, porque vieron de modo práctico el aprecio en que poníamos las conveniencias de la población rural tanto las autoridades, como el Diputado del distrito D. Félix Suárez Inclán.

Con motivo de inaugurarse unas obras en el Balneario de Borines me ofrecieron un banquete que resultó suntuoso y en extremo agradable, pues hubo ingenios asturianos que derrocharon sus sales haciendo que las horas pareciesen minutos. Los paisajes que ví en esta excursión son de belleza insuperable.

¡Qué viaje tan delicioso y accidentado el que hice siguiendo el curso del Nalón hasta Muros! Tampoco resultó baldío. Las im-

prudencias de todos venían agotando la cría del salmón y ésto era tan difícil de remediar, cuanto que el abuso se había puesto al amparo de lo que la gente del país consideraba obligaciones sagradas de la política. Las máquinas Donar, cuando mandaban los liberales las tenían archivadas los conservadores, y al entrar éstos en turno, los liberales, si querían comer salmón habían de comprarlo. No era empresa liviana la de dar en tierra con estas malas tretas, pero el concurso acertado y eficaz de la Guardia Civil dió cima a mis buenos deseos.

Una ligera pausa en las luchas políticas me brindaba buena oportunidad para salir unos días de Oviedo, y en el momento preciso en que yo consultaba los notas que me facilitó el Jefe del partido liberal, me entregaron un telegrama del Ministerio de la Gobernación en que D. Venancio González, que desempeñaba dicha cartera, delegaba en mi para que le representara en la inauguración de la estatua de Posada Herrera, fiesta que debía celebrarse en Llanes a los pocos días.

Mucho me honraba el encargo, y me complacía la intervención en la fiesta; porque tenia para con Posada Herrera deudas de reconocimiento, que no podría saldar poniendo al servicio de su buena memoria, mis mejores deseos. En otro trance hubiera procurado excusar el viaje, porque en expediciones oficiales, teniendo el protocolo como regla de todas nuestras disciplinas, los festejos pierden sus encantos; y agasajos y atenciones se vacían en los moldes del amaneramiento, resultando para cuantos concurren a la fiesta que, la falta de libertad les hace caer en aburrida monotonía.

Los sucesos se desarrollaban de tal guisa que, resultó inexcusable la salida inmediata para Llanes, pues S. M. la Reina Regente comunicó a D. Venancio su deseo de que la representara el Gobernador de Oviedo en todos los actos oficiales que tuvieran lugar en Llanes, con motivo de la inauguración de la estatua de Posada Herrera, y al comunicarme las augustas órdenes, el Minis-

tro puso por su cuenta algunas palabras tan claras y precisas que, no requerían interpretación.

Estaba de Gobernador Militar en Oviedo el General Govar, antiguo y muy querido amigo mío, y en pocas horas todo quedó dispuesto para hacer juntos el viaje. El representaba en esta solemnidad al Ministro de la Guerra.

El tiempo fué lluvioso en extremo, habiendo llegado a causar el asombro de las gentes del país, que tan avezadas se encuentran a pasar meses enteros viendo diluviar.

El telón de agua que se interponía entre el coche y el paisaje nos impidió tomar idea de la topografía de la región que recorrimos.

En Llanes tuve un hospedaje suntuoso. Me llevó a su casa D. Román Romano, hombre de carácter muy afable que había levantado una cuantiosa fortuna, y que estaba casado con una paisana suya en quien la discreción y la belleza hicieron sus desposorios. La hospitalidad se llevaba con tales aciertos y delicadezas, que jamás tuve ocasión de ver en los agasajos de aquel matrimonio feliz nada que pudiera traducir como deseos de alardear de sus medios de fortuna. Esta se calculaba en 5.000.000 de pesos, y a su hermano D. Manuel se le suponía en posesión de un capital análogo. Las autoridades locales y las familias de mayor distinción hicieron cuanto estaba a su alcance para que nos resultara agradable la permanencia en Llanes; pero las cataratas del firmamento se habían desbordado, y unos festejos se suprimieron, como los de pólvora, y otros quedaron deslucidos.

El 16 de Septiembre de 1893 nos trasladamos oficialmente desde la casa Ayuntamiento las autoridades, Cooperaciones y numeroso público a la que entonces se llamaba Plaza de la Encarnación, y desde aquella fecha se denomina «Paseo de Posada Herrera», con objeto de proceder al acto de descubrir la estatua del ilustre patricio.

Cuando el Alcalde me invitó para que como representante de S. M. la Reina recorriese la cortina que cubría la estatua, caía sobre nosotros el agua a torrentes y la dispersión fué general, una vez que el monumento quedó inaugurado, reuniéndonos después en la casa Municipal para dar forma legal a la solemnidad que con tan poca fortuna acababa de celebrarse.

Posada Herrera, que fué hombre de extraordinaria cultura y de ingenio tan bien cultivado que sus ironías políticas con el transcurso del tiempo lejos de darse al olvido se avaloran más y más ganando en quilates, si hubiera tenido que juzgar el suceso de la inauguración de su estatua, positivamente que lo hace con frase feliz y cáustica dejando a la posteridad un nuevo testimonio de los rasgos de carácter que han perpetuado su memoria.

Estimo ocioso el intercalar aquí las anécdotas que de Posada Herrera se refieren, porque en libros, folletos y periódicos se han divulgado tanto que, no hay persona de mediana cultura que no las conozca.

De este gran hombre existe un recuerdo que estimo pertinente mencionar, y es, el haber sido elegido *Presidente del Congreso por unanimidad*. En la historia de nuestros más ilustres parlamentarios, Posada Herrera ocupa lugar muy preeminente.

La estatua está admirablemente emplazada, y la rodea espléndida arboleda, siendo muy notable el paseo de plátanos. Se levantó el monumento por suscripción popular, habiendo realizado la obra con singular acierto D. José Gragera, que en la sazón era Subdirector del Museo de Pintura y Escultura de Madrid, y que en su juventud había sido discípulo predilecto de Posada Herrera en la cátedra de Matemáticas de Oviedo.

El General Govar y yo regresamos a Oviedo con todo apremio y sin que la persistente lluvia nos arredrase.

El viaje tuvo incidentes tan inesperados como desagradables, pues la obscuridad de la noche por efecto de la lluvia fué causa de que el cochero tomara distinta carretera de la que debíamos

seguir obligándonos ésto a pasar la noche en la primera población que encontramos.

Deseaban los llaniscos ofrecernos a los que tan mal habíamos librado en esta excursión, unos días de franco esparcimiento para que formáramos cabal idea de los bailes del país y de otros festejos propios de la región, y aprovecharon las renombradas fiestas de la Magdalena para agasajarnos.

Las rivalidades locales no tenían en Llanes como fuente de origen la política, pero no por esto los bandos luchaban con menor apasionamiento para llevar la primacía en las fiestas locales. Dos hermandades, la de San Roque y la de la Magdalena habían exaltado los ánimos de tal suerte que, en las familias llegó a ser motivo de serias contrariedades, el hecho de pertenecer el marido a distinta hermandad que su consorte.

Fué una suerte asistir a las fiestas organizadas por el bando de la Magdalena, porque todo lo habían dispuesto con tal suntuosidad y esplendor que, han dejado imborrable memoria entre las gentes del país. Llegó su desprendimiento a tal extremo que no teniendo Plaza de toros y queriendo dar grandes corridas decidieron construir una de madera, y esta empresa que era en extremo costosa tuvo el más feliz remate habiendo lidiado en ella toros de Trespalacios y Valle la cuadrilla de Manzantini, que era entonces la de más cartel.

Nada tan típico y original como el famoso baile denominado el *pericote*, en que cada hombre baila con dos mujeres *a lo suelto*. El *canto del ramo*, es un número interesante en que toman parte los jóvenes de ambos sexos ataviados con los vistosos trajes regionales.

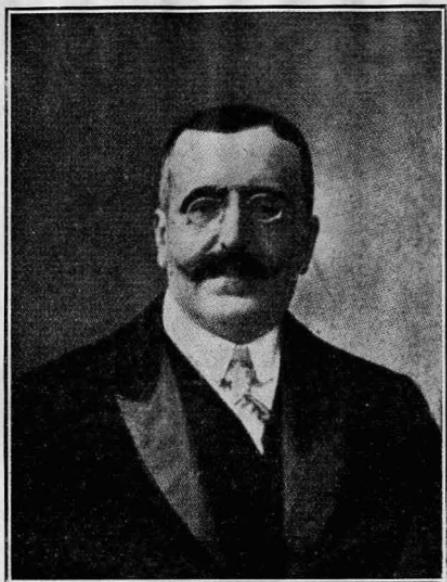
Las liberalidades de los llaniscos podían en aquella época llevarse a las lindes de la prodigalidad, porque eran muchas las familias que en América habían levantado muy sólida fortuna. Sólo en Méjico se calculaba que los llaniscos tenían en industrias y terrenos unos 30 millones de pesos.

Al recordar ahora aquellas prosperidades económicas, pienso en las desventuras que habrá llevado la desastrosa guerra de Méjico sobre aquellos españoles que vivían prósperos y dichosos, y eran el amparo de los parientes próximos que dejaron en la península.

«La Esfera»—Madrid



CANALEJAS



Si los individuos de un pueblo pudieran someter sus aptitudes a las fáciles disciplinas de la *vocación*, las manifestaciones todas de la actividad, se desarrollarían de modo prodigioso, por lo mismo que la labor que se hace a gusto y con dominio de los elementos de trabajo dá siempre felices resultados. La realidad demuestra que el 90 % de las personas, tienen que someterse al imperio de las circunstancias, renunciando a cultivar los ramos del saber o los elementos de trabajo industrial para que sienten las mayores solicitudes de su ánimo.

Vienen estas reflexiones a cuento de que Canalejas no tuvo nunca *vocación* a la vida política, pues los hechos que voy a exponer, evidencian de modo irrefutable que todos sus amores y entusiasmos los tenía depositados en el ara pura y santa del templo del profesorado.

Si *vocación* es la *inspiración con que Dios llama a algún estado*, hay que confesar que a Canalejas, no le llamaba Dios por el camino de las ponzoñosas y apasionadas contiendas de los partidos. No se objete a ésto, que llegó a la Presidencia del Consejo de Ministros, pues para un hombre de talento excepcional, de memoria privilegiada, de recia voluntad y de honorabilidad acrisolada, están abiertos todos los caminos que conducen a la cima de las más altas distinciones sociales. Si Canalejas se hubiese dedicado al sacerdocio, el anarquista Pardiñas, seguramente, no corta el hilo de la preciosa vida del ilustre patricio, y éste estaría hoy ocupando la Silla Primada de Toledo, honrado además con el Capello Cardenalicio.

Conocí a Canalejas en la Universidad de Madrid, por haber cursado juntos varias asignaturas de la carrera de Derecho, y cuantos cultivábamos su amistad adquirimos el convencimiento de que la cultura patria tendría en Canalejas un apóstol de raras facultades y de incansable perseverancia.

Muy joven desempeñó, interinamente en la Universidad, la cátedra de literatura, que tenía en propiedad su tío D. Francisco de Paula, y aquéllos fueron días de dicha inefable para nuestro inolvidable amigo.

Sucesos inopinados nos llevaron a los dos a colaborar en una obra para la que nunca habíamos hecho ni la más liviana preparación: Me refiero a la complicada y empeñada empresa del ferrocarril de Madrid a Ciudad-Real, para empalmar con la línea de Badajoz. Desde el primer día estuve al lado de los Canalejas en esta obra de tanta trascendencia para ellos, por lo mismo que aparte de los muchos intereses que había comprometidos, lo mismo el padre, que era Director, que el ilustre estadista, que desempeñaba la Secretaría, tenían en serio litigio la pericia y talento por todos reconocidos.

Mis hermanos José y Mariano, que a la sazón estudiaban, el primero la carrera de Ciencias Físicas y Naturales, y el segundo, el profesorado Mercantil, precisaron un buen Profesor de francés, y Canalejas enterado del caso, me interesó que fueran a su casa todos los días a una hora determinada, pues quería darles dicha enseñanza. Para juzgar de las disposiciones que tenía Canalejas como profesor de francés, bastará que consignemos que, a la edad de 10 años tradujo de modo magistral la novela titulada «Luis o el joven emigrado». En lo hecho con mis hermanos se exterioriza la *vocación* decidida de Canalejas al magisterio; pues sólo dominado por la obsesión de la cátedra se explica que buscara una ocupación más, quien las tenía en aquella sazón en gran número, y de un alcance tan extraordinario que había motivo suficiente para abatir el ánimo más esforzado.

La lucha tenaz y porfiada que los Canalejas sostuvieron con la Compañía de M. Z. A. contraria a la concesión de la línea directa de Madrid a Ciudad-Real, colocó al entonces Secretario de la Compañía de Badajoz en la necesidad de entablar gestiones difíciles y complicadas con los representantes en Cortes de todos los partidos, pues el Parlamento era quien tenía que decir la última palabra en el difícil y complejo litigio entablado entre las dos empresas. Allí se acreditó el joven Canalejas de diplomático, de ingenio sutil y grandes recursos, pues se las había con hombres de condiciones de carácter muy distintas, y de fondo moral donde la senda no siempre acusaba pureza de intenciones. El éxito coronó estos esfuerzos, pero se presentaron para la construcción de la línea directa complicaciones de orden económico que en un principio inquietaron bastante aun a los más optimistas; pero la fortuna, que siempre estuvo de cara a los Canalejas, les facilitó una solución tan rápida, como ventajosa e inopinada.

Acabada la construcción de los ferrocarriles de los Balkanes, en la que Mr. Dauderni había tomado parte muy principal, regresó éste a España con personal numeroso y muy competente y con recursos cuantiosos, pues el negocio de los Balkanes le había dado a ganar muchos millones.

Hombre Mr. Dauderni, que adquirió el hábito del trabajo como modesto destajista en las obras de la Compañía de M. Z. A., apenas advertido del trance difícil en que se encontraba la Compañía de Badajoz, ofreció a ésta realizar los trabajos de la línea directa en condiciones de notorio beneficio para las dos partes, y el contrato se formalizó con toda rapidez.

Pude apreciar, por haber formado parte del servicio de expropiaciones, la laboriosidad y competencia de los técnicos que acompañaban a Mr. Dauderni.

Había justificado empeño en terminar la obra con toda celeridad, y por esta causa los Canalejas consideraban como un triunfo de inapreciable valor el que, los terrenos comprendidos en el

trazado de la línea, quedaran libres antes que los Ingenieros tuvieran que empezar los trabajos.

En Getafe, donde residí una larga temporada, surgieron serias complicaciones para expropiar las parcelas en donde había de establecerse la estación; y Canalejas, hijo, al comunicarle que estaban orillados los inconvenientes que impedían ocupar dichos terrenos me felicitó efusivamente entregándome como recuerdo de aquel fausto suceso, el revolver que llevaba, y que yo vengo usando desde aquella fecha.

Siempre que nos reuníamos en Madrid, o en alguno de los pueblos comprendidos en el trazado de la línea directa a Ciudad-Real, la conversación versaba sobre temas relacionados con los estudios literarios que realizaba a fin de alcanzar una cátedra cuando se anunciaban oposiciones.

A principios de 1877 estaba ya Canalejas actuando en las oposiciones a la cátedra de literatura española que se encontraba vacante en la Universidad Central.

Los trabajos de la línea directa de Madrid a Ciudad-Real empezaron en 1877, y se concluyeron en 1879. Como se observará coincidían las oposiciones con el período de mayor trabajo en las oficinas del ferrocarril toda vez que los preliminares fueron aún más laboriosos que los dos años de ejecución, y ésto evidencia hasta qué extremo aprisionaban el ánimo de Canalejas los anhelos de conseguir una cátedra en noble y porfiada lucha. Los ejercicios han dejado recuerdo perdurable, pues los opositores eran de una cultura excepcional, y el tiempo se encargó de demostrar que estaban destinados a servir a la Patria desde puestos muy preeminentes. Ocupó el primer lugar en la terna el sabio Menéndez Pelayo; y el segundo, Canalejas.

En 1878, cuando estaban en todo su apogeo los trabajos de la línea directa, se anunciaron otra vez oposiciones a la cátedra de Literatura española de la Universidad Central y Canalejas volvió a medir sus armas en aquel torneo, teniendo como contrincante

al Sr. Sánchez Moguer. Sin regatear a éste sus grandes merecimientos hay que consignar que, el acuerdo del Tribunal, concediéndole la cátedra no llevó el convencimiento al ánimo de los que presenciarnos las oposiciones, de que el acierto había correspondido al deseo de justicia de los jueces.

Canalejas realizó en el Ateneo y en la Academia de Jurisprudencia campañas muy vivas en favor de los ideales democráticos, y en su ánimo debió hacer presa la duda de, si sus tendencias avanzadas habían sido un factor que en la balanza del tribunal llamado a juzgar los ejercicios, decidió la contienda en su daño. Desde aquella fecha, nuestro ilustre amigo empezó a exteriorizar sus tendencias políticas, cosa que dudo mucho hubiera hecho, si su *vocación* al Profesorado llega a alcanzar un puesto en la Universidad Central al lado de Salmerón, Castelar, Colmeiro, Comas, Giner de los Ríos, Azcárate y otros maestros inolvidables.

«Mercurio» — Nueva-Orleans



PEREZ GALDOS



El teatro de Campoamor, en Oviedo, era hace treinta años que yo le vi por primera vez siendo Gobernador de aquella provincia, uno de los mejores de España; pues su construcción se hizo con arreglo a modelos que fuera de la Península habían tenido la sanción de los profesionales y el aplauso del público. Todo era allí espléndido, y la sala estaba decorada con tanto acierto y gusto que Mario nos repitió a los amigos muchas veces, la gran complacencia que sentía al salir a escena en aquél soberbio coliseo.

No fué éste base para especulaciones lucrativas, como no lo ha sido mas tarde en Cadiz el Gran Teatro obra verdaderamente maestra en su género.

Ni en Oviedo ni en Cadiz salvo muy contadas excepciones las empresas teatrales consiguieron buenos resultados.

En el número de las excepciones hay que colocar la temporada en que actuaron Mario y la Guerrero en el teatro de Campoamor, creo que en 1894. Los éxitos fueron tantos como las funciones, y el entusiasmo del público llegó a límites jamás superados en aquella escena.

Los aplausos que premiaron la labor meritísima de la notable compañía de Mario no podían ser más justos, pues en España pocas veces se ha visto a un gran actor secundado por el personal de tan relevantes condiciones como el que Mario llevó a Oviedo.

Había en aquella sazón un aliciente poderoso para que el público se viera vivamente solicitado; y era que la Guerrero representaba allí por última vez con la Compañía de Mario, pues al salir de Oviedo tenía decidido organizar otra por su cuenta.

Tuvo Mario el feliz acuerdo de representar algunas de las obras de Pérez Galdós, y esto nos dió motivo a los amigos y admiradores del ilustre autor de los «Episodios nacionales» para testimoniarle los más sinceros afectos.

Era Galdós de los que frecuentaban la redacción de «El Co-reo» y cultivaba con mayor intimidad la amistad del maestro Ferreras. Al lado de éste estuve yo bastantes años y ésta fué la que dió motivo para que conociera y tratara al bondadoso Don Benito.

Informados de los propósitos de Mario, Clarin, Vital Aza, D. Melquiades Alvarez y otros muchos se pensó en la mejor forma de exteriorizar el gusto con que se recibía la visita de D. Benito y se convino en celebrar en su obsequio un banquete en el salón de mayores proporciones que tenía el teatro Campoamor. Fué imposible proporcionar asiento a todos los que lo solicitaron, pues al homenaje a Pérez Galdós se asociaron en tal número las representaciones de todas las clases sociales que se precisaba un local de triples dimensiones.

En el foro asturiano tenía ya D. Melquiades Alvarez fama bien conquistada de orador elocuente y de abogado cultísimo; y para dar a la fiesta mayor esplendor se acordó por unanimidad entre los organizadores, que fuera D. Melquiades el encargado de saludar y ofrecer el banquete a Pérez Galdós. ¡A tal señor, tal honor!

El día de la fiesta D. Benito fué al Gobierno Civil antes de la hora de oficina y su presencia en ocasión tan inopinada me puso al tanto de que el ilustre escritor tenía las molestias de alguna preocupación hija de sus especiales condiciones de carácter.

Me dijo D. Benito que había pasado la noche sin poder dormir a consecuencia de una fuerte indisposición de estómago y temía que esto pudiera privarle del gusto de ir al banquete.

Conociendo muy bien lo refractario que era D. Benito a exhibiciones públicas y su invencible oposición a actuar como orador, me asaltó la idea de que había que excusar al ilustre novelista de marchar por caminos en un todo contrarios a las

constantes disciplinas de su espíritu. Para allanar obstáculos y escusar todo motivo de alejamiento de una solemnidad que con tan buen deseo y acierto se había preparado, me ofrecí a hacer constar cuando se iniciaran los brindis la indisposición que aquejaba a D. Benito, su agradecimiento por la fiesta admirable con que se le agasajaba, y su gratitud a Mario, la Guerrero y demás actores por el acierto con que habían llevado a la escena sus obras. Libre el gran novelista de la pesadilla de tener que hacer *pinitos* oratorios, su asistencia al banquete quedó decidida y el acto tuvo el esplendor y resonancia que merecía, por las notabilidades literarias, artísticas y políticas que en él tomaron parte.

El discurso de Melquiades Alvarez fué primoroso, conviniendo todos en que hombre de tan singulares dotes había de conseguir en la política el lugar preeminente que por sus singulares talentos merecía.

• Los hechos no han desmentido aquellos augurios.

Han pasado los años y los lustros y Pérez Galdos llegó a las mas altas cimas de la admiración nacional como literato sin rival; pero en los anales de la oratoria, siguen en blanco las páginas destinadas a narrar los triunfos de D. Benito.

«Mercurio» — Nueva-Orleans



GALEZOWSKI Y TAMBERLIK

El epígrafe de estas líneas podía haberse variado poniendo, *como son los médicos*, pues al escribirlas la memoria solo me recuerda hechos acaecidos con profesionales de la medicina y la cirugía, que demandan de mi gratitud la notoriedad que merecen por su nobleza, generosidad y acierto.

Entre el vulgo se admite como verdad axiomática, que el ejercicio de la medicina y la cirugía llega a endurecer el corazón de los médicos en forma tal que todos los sufrimientos del prójimo les son indiferentes; y hasta pudiera creerse que sienten algo de complacencia cuando sus actuaciones llevan dolor y tristeza a los pacientes.

Las enseñanzas de la realidad evidenciarán en que delicadezas de espíritu informan sus disciplinas profesionales los médicos.

La pluma quisiera, respondiendo a nobles estímulos de mi alma, escribir a la vez de Galezowsky, Creus y Barraquer, pues en la escala del agradecimiento no es fácil que yo supiera determinar el lugar que cada uno debe ocupar. Para solucionar esta complicación acudo al recurso de proceder por orden de fechas.

Mi hijo José, que se educaba en Inglaterra, sufría ataques de iritis que le proporcionaban horas muy amargas y para buscar remedio a su dolencia fuimos a París solicitados por la fama mundial que en aquella sazón disfrutaba muy justamente el inolvidable Dr. Galezowsky.

Conocí a este gran oculista cuando acababa de regresar de Persia después de haber curado al soberano de aquél país una grave dolencia a la vista, que fué pagada con una esplendidez de que tal vez no haya nuevos ejemplos.

El Dr. Galezowski hablaba el inglés correctamente y su Secretario, cuyo nombre lamento mucho no recordar, poseía el español con tal perfección que parecía educado en Castilla.

Desde la primera consulta mi hijo se entendió en inglés con el Dr. y éste se mostró tan solícito y bondadoso que yo no acertaba a explicar aquél cúmulo de atenciones tratándose de una persona a quien veíamos por vez primera.

Prestando que nos daría la cuenta al finalizar nuestra permanencia en París no me cobraron desde el primer día los 20 francos, que se pagaban por consulta; y cuando llegó la hora de mi regreso a España después de un mes de una asistencia facultativa en que no se escatimaba el tiempo, y el estudio y los mejores deseos estaban al servicio de una cultura médica por nadie superada el Secretario me hizo saber que era propósito irrevocable de Galezowski el no interesar ni un sólo franco por los cuidados profesionales dispensados a mi hijo.

Pedí la explicación de bondades que no acertaba a comprender, y lo que oí en aquel momento es tan original e interesante que bien merece los honores de la publicidad.

Hemos llegado a la anécdota de Galezowsky sintiendo mucho no haber podido prescindir del largo prólogo que la precede; pero como se verá el engrane de los hechos justifica cuanto dejo dicho.

II

El ídolo del pueblo madrileño, Tamberlik, tuvo una hija de extraordinaria belleza y de insuperable discreción.

Cuando el famoso tenor halagado por los más lisonjeros éxitos disfrutaba de todas las venturas posibles, la fatalidad cortó el curso de aquellas satisfacciones con una grave desgracia de familia: la hija de Tamberlik quedó ciega.

El gran tenor con el corazón desbordando amargura marchó a París sin perder momento para acudir a la clínica del Dr. Gale-

zowski en busca de alivio para la enferma y de consuelo para su alma dolorida.

Galezowsky hizo un examen tan detenido y minucioso como lo requería el grave estado de la paciente; y en el tiempo invertido en esta operación Cupido no estuvo ocioso, y su hazaña es de las que merecen pasar a la posteridad por lo mismo que los personajes de esta anécdota tienen en la historia contemporánea páginas escritas con pluma de oro.

Un amor fulminante se apoderó del corazón del Doctor, y cuando fué ocasión de decir a aquella entristecida familia el juicio que le merecía la enfermedad, preguntó a la encantadora ciegucecita que sería capaz de hacer para demostrar su gratitud al que le devolviese la vista. Ella con palabras llenas de emoción, pero expresivas y adecuadas a sus circunstancias, hizo constar, que llegaría al límite de las concesiones que dignamente pueden esperarse de una señorita

Son innarrables los esfuerzos realizados por Galezowsky para dominar la grave y tenaz dolencia que al confiarla a sus notorios talentos había llevado a su alma los mas puros y vivos afectos.

Fué aquel un periodo en que tanto el famoso tenor como el eminente oculista pasaron por las más bruscas alternativas, pues la enfermedad de la hija de Tamberlik ofrecía resistencias que la ciencia sólo pudo vencer con constancia y acierto.

Por fin la aurora del deseado día anunció para aquellas dos genios, y para la enferma horas de gran ventura, pues dominada por completo la ceguera, Galezowsky volvió a interrogar a la joven respecto al estado de su voluntad para demostrar sus afectos a quien le había devuelto la vista; y la encantadora hija de Tamberlik sin vacilar un momento ratificó las palabras que había dicho el día en que por primera vez visitó la clínica de Galezowsky.

Tamberlik sancionó aquellos amores de proceso tan original, y al poco tiempo la hija del tenor fué la señora de Galezowsky.

De la grandeza de alma de éste puede juzgarse sabiendo has-

ta que extremo llegó a hacer suyas las deudas de reconocimiento que Tamberlik tenía para con el pueblo de Madrid.

Los que desde la Corte de España fuimos a París a consultar a Galezowsky, tuvimos atenciones y deferencias sin tasa y unas manifestaciones de desinterés que pueden apreciarse en lo que merecen, por lo que conmigo hizo aquél eminente oculista para quien siempre pedí a la Providencia el premio que es debido a los hombres de recto proceder y alma generosa.

«Mercurio» — Nueva-Orleans



VALERA



Al afecto fraternal que me profesaba González Serrano, debí la deseada y honrosa amistad con que me distinguió el autor de «Pepita Jiménez».

Interesantes eran, en verdad, las sesiones del Ateneo en la época en que las derechas estaban representadas por hombres de méritos tan relevante como Cánovas, Campoamor, el P. Sánchez y Moreno Nieto; el centro, por Valera, Moreno Girón, y otros de notorio valer; y las izquierdas, por Azcárate, Labra, González Serrano, Revilla, Leopoldo Alas y muchos más que, como éstos, habían escalado las cumbres del saber cuando estaban en el apogeo de la juventud; pero lo que pudiera llamarse la *sobremesa*, las horas que seguían a la terminación del acto público, no tenían precio. En un círculo no muy numeroso, los ateneístas más conspícuos derrochaban talento e ingenio a raudales. Los discursos pronunciados en el salón de actos se comentaban con la mayor libertad, por lo mismo que los grandes prestigios del saber y la elocuencia fueron siempre modelos de tolerancia.

En una de esas interesantes tertulias me presentó González Serrano a D. Juan Valera. Este, que tenía al joven filósofo en el alto aprecio que merecía, repitió la frase francesa «los amigos de mis amigos son mis amigos», y así lo confirmaron los sucesos más tarde.

La conversación de Valera era de una amenidad insuperable. Su abolengo linajudo se revelaba en todos sus actos. Recibió de niño una educación muy esmerada, y ya de adulto, pasó algunos años al lado del duque de Rivas, en Italia, y de Alcalá Galiano, en

Lisboa. Cultivados de ésta suerte los talentos de Valera, no era maravilla que brillase en sociedad y que desde mozo se destacase en los principales centros de cultura. Como viajaba mucho, y con representaciones oficiales de importancia, tenía en todo momento una cita interesante y oportuna para dar fuerza a sus razonamientos.

Cuando regresaba de Lisboa, Washington, Bruselas o Viena, de representar a España, su retiro favorito era el Ateneo, y en éste Centro de cultura, donde tenía Valera tantos admiradores y amigos como socios; se codiciaban las narraciones que con tanto primor y donaire hacía de sus excursiones el ilustre diplomático.

La guerra entre España y los Estados Unidos, la abominó Valera con toda su alma mucho antes de que se provocase; y sobre éste tema discurrió con tanto acierto como patriotismo.

Estuvo en el gran República, y estudió sobre el terreno aquel pueblo, teniendo por ésta causa elementos de juicio de que carecían los vocingleros que alucinaron a las muchedumbres y nos llevaron al desastre.

Eran Valera y Campoamor dos cultivadores apasionados de la filosofía, y por ésta causa manifestaban especial predilección por el grupo de jóvenes que estaba en las corrientes de Salmerón y Giner de los Ríos, a pesar de militar ellos en campo muy opuesto.

La disconformidad de opiniones era espuela que movía el ánimo de aquellos grandes talentos, para pasar unas horas entre broma y serio debatiendo los más árdulos problemas científicos de actualidad.

Gustaba Valera de las fogosidades de Moreno Nieto, y para que éste orador, de palabra tan abundante y rápida, que no había taquígrafo que pudiera seguirle, hiciera gala de su gran saber, acudía al resorte infalible de provocar a Revilla, González Serrano o Alas para que con sus radicalismos excitaran el manojito de nervios del sabio extremeño, que era apasionado defensor de las orientaciones de las derechas.

Los diálogos entre Valera y Campoamor merecían transcribirse con pluma de oro. Los dos tenían en el eterno feminismo manantial abundante de sus agudezas y cultas ingeniosidades. Escuchándolos, las horas parecerían segundos.

En literatura y en política, Valera alcanzó las justas distinciones que se debían a su gran talento. Fué Académico de la Lengua, y desempeñó, además de los cargos diplomáticos, la Subsecretaría del Ministro de Estado y varias Direcciones generales. Tuvo asiento en el Congreso y en el Senado. Cuando murió era senador vitalicio, figurando entre los mas consecuentes amigos de Sagasta. La fina ironía de Valera encantaba a D. Práxedes, que gustaba mucho de los frutos sazonados del ingenio.

Cuando se inició la ceguera, D. Juan tuvo que pasar por la amargura de renunciar a las expansiones y deleites de las tertulias del Ateneo; y en este centro fué general y sincera la pena por las desventuras que entristecían al gran novelista.

La entereza de ánimo de Valera se evidenció en la copiosa y meritísima labor literaria que realizó durante los diez años de ceguera.

Hay que tener presente que murió el autor de «Pepita Giménez» a los ochenta años, y que, ciego y envejecido, su pluma no dejó de llenar cuartillas, sin que jamás su estilo fácil y correcto decayese.

Por voto unánime de cuantos están versados en achaques literarios, es reconocido Valera como el escritor contemporáneo que con más acierto y maestría manejó la rica y hermosa habla castellana.

En su forzado retraimiento, Valera tuvo el consuelo de recibir a diario el homenaje de cariño, respeto y admiración de los políticos y literatos que en aquella época alcanzaban mayores prestigios.

Su despacho tenía una luz tan ténue, que estaba a las lindes de la obscuridad.

Se complacía D. Juan en ir solo a los sitios donde tenía guardados objetos de su aprecio.

Una tarde le informé de que había empezado la publicación de una gran colección de cuentos, y en el acto se levantó y fué a buscar una preciosa caja donde guardaba doce cuentos japoneses primorosamente impresos en papel de arroz. Me dijo, que los había traído de Tokio su cuñado el Coronel D. José Delarat, que fué Ministro de España en el Japón. La versión al inglés la hizo este diplomático y Valera tenía traducido al castellano los dos primeros.

Sabía D. Juan que mi hijo mayor acababa de regresar de Inglaterra donde le tuve con un buen profesor aprendiendo el inglés, y por esto me dió la traducción hecha por su cuñado, afin de que terminara la versión al castellano que tenía Valera empezada.

Cuando se imprimieron los cuentos japoneses, el contraste era notorio entre los dos primeros, puestos en castellano de modo admirable por D. Juan y los restantes, que fueron traducidos con gran cuidado, pero sin los primores literarios que puso en los suyos el maestro de novelistas.

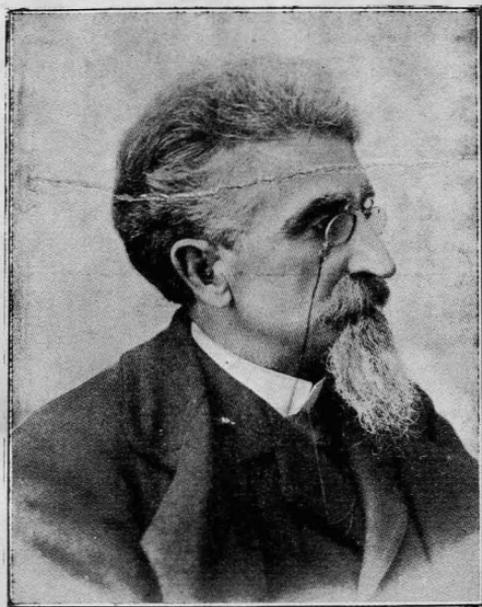
La hija de Valera D.^a Carmen, que heredó la propiedad de las obra literarias ha publicado ya la mayor parte de los trabajos del maestro insigne.

El acuerdo es feliz, porque a la vez que le da ocasión para ofrecer este culto homenaje a la memoria de su inolvidable padre, sirve para rendir a las letras nacionales un servicio muy señalado.

• *España y América* • Cádiz



PEREDA



Siempre que leo con deleite o interés un libro, doy al autor una personalidad que está en perfecta armonía con los estados de ánimo por que me hace pasar.

Los escritores que más vivamente solicitaron mi atención y que dejaron con sus obras más honda huella en mi espíritu, tenían tanto en lo físico como el lo moral una fisonomía que estaba en perfecto desacuerdo con la que mi imaginación y simpatías les había trazado.

He tratado a los más notables novelistas contemporáneos, y el día en que por primera vez cruzamos el saludo, la desilusión fué para mí completa; pues al que había imaginado de buena estatura, fisonomía apacible y carácter expansivo, resultó poco más que un pigmeo, de aspecto ordinario y de genio arisco. Las equivocaciones en sentido contrario se cuentan por docenas.

Los bohemios más desaprensivos son, por regla general, los que escriben páginas más saturadas de inspiración y nobles anhelos.

Con el inolvidable maestro Pereda, en cuanto atañe al orden moral, nada rectifiqué después de una larga y cordial amistad; pues siempre lo había juzgado como hombre de corazón sano, recia voluntad y cultura cimentada muy sólidamente, y todo ello quedó muy bien confirmado en el curso de un trato afectuoso y expansivo, pero su fisonomía estaba muy lejos de responder a la que yo le otorgara en las muchas horas que dediqué a la lectura de sus obras maestras.

Vivía Pereda sin los apremios económicos que el 90 % de los casos son patrimonio obligado de los que cultivan las letras con notorio acierto; y su labor literaria no impedía que consagrarse

atención y dinero al fomento de una industria, *La Rosario*, que llegó a tener merecida fama en todo el país. Esto sumado al concepto que la lectura de los libros de Pereda me habían hecho formar de la figura del gran montañés, me afianzaron en la creencia de que al verle tendría ante mí a un tipo bien caracterizado de burgués. Los que hayan tratado a Pereda se darán cuenta de que la equivocación no puede ser más garrafal, pues el maestro inolvidable parecía un capitán de los tercios de Flandes. Por cierto que Pereda hizo sus primeros estudios con propósito de ingresar en la Academia Militar.

Al posesionarme en 1898 del Gobierno Civil de Santander, me lisonjeaba la idea de encontrarme en condiciones adecuadas para buscar la oportunidad de crear lazos de afecto con el castizo y muy celebrado novelista. Deseaba conocer a Pereda en la intimidad de la familia y en el trato social, y cuando había dado algunos pasos por el camino de mis deseos, la suerte quiso brindarme inopinadas facilidades para ver cumplido lo que en mí constituía un noble anhelo.

No llevaría en Santander más de seis u ocho días cuando recibí la visita de persona de gran concepto en la capital Montañesa, que iba a cumplir el encargo hecho por Pereda de solicitar día y hora para celebrar conmigo una conferencia. La contestación fué adecuada a la distinción que el ilustre novelista quería dispensarme, pues dije a quien hacía las veces de intermediario que, yo tenía todos los días y todas las horas libres cuando se trataba de merecer la distinción de estrechar la mano y conversar amistosamente con uno de los mayores prestigios literarios del país.

Pereda se presentó en el Gobierno Civil al día siguiente, pues estaba su ánimo atenazado por mortificaciones que, según él, sin causa justificada le inferían los apasionamientos del caciquismo. Para valorar su enojo en los quilates que merecía, habrá que tener en cuenta, que se trataba de un carlista *enragée* que no siempre podía dominar sus vehemencias políticas.

En Polanco, donde había constituido un mausoleo de familia, y reposaban las cenizas de algunos de los suyos, se quejaba de que le amargasen la existencia, porque no transigía con las normas de disciplina electoral que habían trazado los que manejaban los asuntos locales.

Como sociólogo y como hombre de letras, Pereda había llevado a feliz término en Polanco iniciativas dignas de merecido encomio, pues costeó a los niños de familias pobres que asistían a las escuelas, un desayuno y les distribuía trajes en las épocas que esta liberalidad podía ser de resultados más prácticos.

Después de oír al gran novelista sus cuitas le hice la formal promesa de acompañarle a Polanco en plazo brevísimo a fin de buscar sobre el terreno en que cosechaba tantas amarguras, el medio más rápido y eficaz de cegar la fuente de donde éstas procedían. No habían transcurrido cuarenta y ocho horas cuando quedó cumplida la palabra empeñada a Pereda; y éste que durante el viaje se me mostró en extremo pesimista respecto al resultado de mis gestiones en Polanco, tuvo unas horas de viva satisfacción viendo que mis determinaciones iban derechas como una flecha, al logro de sus deseos.

Aquel día se selló entre nosotros la más franca y sincera amistad, y Pereda fué entusiasta colaborador en iniciativas que precisaban el concurso de los hombres de valor y buena voluntad de aquella ciudad, para mí tan querida.

El día que enteré a Pereda de que me habían entregado 45.000 pesetas para fines benéficos, y le expuse el proyecto de destinar toda esta suma o la mayor parte a fundar una Caja de Ahorros y Monte de Piedad, me dijo las palabras que voy a reproducir, porque ellas dan idea exacta de como Pereda cumplía los deberes de amistad.

Son, decía Pereda, muy mermados los recursos de que V. dispone para tan gran empresa; pero mi concurso y el de las personas de mi intimidad quedan desde este momento a su disposición

para dar cima a empeño tan generoso y humanitario como el que a V. halaga».

Los hechos confirmaron bien pronto que toda idea generosa arraiga y prospera en las almas de aquellos montañeses que tan ferviente culto pagan a la virtud de la caridad y a las disciplinas del altruismo.

La Caja de Ahorros y el Monte de Piedad tuvieron la protección decidida de todas las clases sociales: y la institución que en los primeros días llevó vida tan modesta, fué a los pocos años el paño de lágrimas de las clases desvalidas, y el sitio donde depositaban economías los asalariados y la clase media con la certeza de que una honrada y discreta administración las tenía a salvo de todo riesgo.

Pereda fué hasta su muerte miembro del Consejo de la Caja de Ahorros, y defensor incansable de la institución.

Acaecieron estos sucesos por los días de infausto recuerdo en que la perversidad y la insidia buscaron trazas infames para despojarnos de un imperio colonial; y habiendo convenido con las autoridades santanderinas en la oportunidad de publicar una proclama para alentar al pueblo e inspirarle confianza, se me ocurrió la idea de poner al servicio de éstos requerimientos del patriotismo, el corazón y la pluma de Pereda. Como siempre expuesto mi deseo, el maestro ni puso reparos, ni demoró el cumplimiento de tan delicado cometido.

¡Qué página tan admirable de historia contemporánea la escrita por Pereda en prosa que no desdeñaría Cervantes!

¡Con qué valentía y acierto llegó a los más delicados sentimientos de la alma nacional!

Este documento tan notable por su fondo como por su forma fué celebrado por los montañeses con los encomios que en justicia merecía, y me complace mucho hacer constar que no tenía míó más que la firma.

DR. CREUS

En España se registra el caso verdaderamente original de que la inmensa mayoría de los médicos figuran entre los más exaltados profesionales de la política. Si fuera propicia la ocasión, daríamos aquí una lista de los hombres de Gobierno y de los periodistas de merecida notoriedad, que abonan mis afirmaciones.

El eminente Dr. Creus no fué una excepción de la regla; y a ello se debió que olvidando los respetos y admiración a que era acreedor el sabio profesor de S. Carlos se le fustigara con insidia en la prensa de ideas más avanzadas, pues el Dr. Creus militaba entre los conservadores de matiz más retrógrado.

Granada, que tantos talentos sobresalientes ha dado al cultivo de todas las ciencias y de las artes, cuenta entre sus hijos más preclaros al Dr. Creus, pues como catedrático llegó a la cumbre del saber, y como cirujano era fama en su tiempo que a nadie podía acudir para una operación grave y complicada con mayores probabilidades de buen éxito, que al Dr. Creus.

Mi llorada madre, a quien un condroma parotoideo amargó la vida mucho tiempo llegando por último a comprometerla seriamente, precisó de una operación en extremo arriesgada.

La opinión unánime de los facultativos a quienes consultamos señaló al Dr. Creus como el único capaz de salir con fortuna de trance tan difícil; y a él acudimos con la ciega confianza que llevaba a nuestro ánimo el feliz acierto con que en muchas empresas no menos arriesgadas había coronado el esfuerzo del operador de fama mundial.

¡Qué horas aquellas de tanta amargura para mi alma!

Mis tres hermanos estaban aún sin concluir sus carreras, y mi familia había perdido una fortuna a consecuencia de los estragos de la plaga de langosta, quedando por esta razón al enviudar mi madre confiada al cariño y solicitud de los hijos.

Yo me había casado y para cumplir los sagrados deberes que me reclamaban al lado de mi dolida madre tenía que dejar mi mujer y los niños al cuidado de mis suegros; como lo hice en efecto sin vacilaciones de ningún género.

Fuí a Madrid con mi madre y mis hermanos instalándonos en un modesto cuarto de la calle de Jacometrezo. Allí, después de un reconocimiento muy detenido de la paciente, decidió el Dr. Creus que fuera operada; y tales complicaciones ofrecía la extirpación del condroma, que entre los profesionales más afectos al Dr. Creus se avivó el interés por presenciar la forma en que el maestro salía de trance tan arriesgado.

El día de la operación fueron con Creus y su ayudante buen número de doctores, y era de oír después de terminada la extirpación del condroma con maestría insuperable, la justa admiración con que todos celebraban el saber y el acierto del catedrático insigne.

La asistencia facultativa de la enferma fué objeto de tales cuidados y delicadezas que hasta en lo más nimio todo se tuvo previsto; y remedios y paliativos se aplicaron siempre con la diligencia y precisión que el caso requería.

Pasaron dos meses próximamente hasta que el Doctor dió el alta a mi anciana madre.

Con premura bien justificada fuimos mi madre, mis hermanos y yo a ofrecer al Dr. Creus el homenaje de nuestro eterno reconocimiento, y a saldar una cuenta que para nosotros era sagrada.

La escena desarrollada en aquel momento no encuentro palabras con que describirla, pues a pesar de los muchos años transcurridos, la emoción invade mi ánimo, y las ideas ceden puesto a los más vivos sentimientos de profunda gratitud.

El Doctor Creus que a sus grandes talentos unía una conciencia profesional escrupulosa en grado superlativo, cuando hacía operaciones arriesgadas, y que por lo mismo eran susceptibles de tasarse para los efectos económicos con amplio criterio, procuraba para no incurrir en error informarse todo lo más detalladamente posible de las circunstancias en que se encontraban las familias de los enfermos; y cuando la escasez de medios de fortuna recomendaban consideración, Creus, impulsado de su generosidad de alma, llevaba sus liberalidades a los lindes de la más extremada generosidad.

El sabio profesor conocía el día que dió de alta a mi buena madre hasta las menores particularidades de nuestra situación, y por esta causa, estrechándome la mano me dijo: Ha procedido V. como buen hijo y buen hermano y justo es que yo corone su obra con el desinterés de un amigo cariñoso. Nuestra cuenta está saldada.

Si la deuda que allí debíamos pagar hubiese sido de afectos, nuestros corazones hubieran dado más que suficiente para liquidar créditos inconmensurables, toda vez que en nuestro pecho había un manantial inagotable de los más puros sentimientos que engendra la gratitud.

Las manos de aquél respetado maestro al bañarse con nuestras lágrimas recibieron un testimonio elocuente de que su noble proceder había tocado en almas bien dispuestas para saber estimar toda clase de generosidades.

En aquellos días yo estaba entregado con las vehemencias de la juventud y los entusiasmos de un convencido a las luchas políticas; y como en las campañas electorales para combatir al adversario no hay arma que se rehuse si le puede restar autoridad o prestigio, lo que para el Dr. Creus fué obra meritoria, simulaban mis adversarios que era acto digno de execrarse; y al hecho de cumplir sagrados deberes filiales no faltaron los más insidiosos comentarios.

Aprendí entonces que el número de las amistades es mucho mas reducido de lo que las apariencias hacen creer, y que en los momentos críticos de la vida, la Providencia, cuando procedemos bien, nos ofrece la mano de un hombre generoso a quien nunca conocimos, para compensar las amarguras que llevaron a nuestra alma las deslealtades que los mayores afectos nos protestaban.



UGARTE



Nos conocimos Ugarte y yo en la Universidad Central, y nuestra amistad fué tan firme y sincera, que pasaron los años y los lustros, y solo sirvieron para fortalecer los lazos de recíproco afecto.

Teníamos la misma edad, pues él había nacido en Barcelona en 1852.

Frecuenté de estudiante, la casa de Ugarte, y el trato afable y distinguido de aquella familia creó en mi animo obligaciones de gratitud y cariño, que aun perduran.

No he visto en ninguna otra parte hermanar de modo mas admirable, que lo hacían los padres de Ugarte, la modestia y la distinción.

Ugarte de mozo era de carácter vivo y abierto; pero su austeridad de costumbres podía ofrecerse como modelo. A sus claros talentos se sumaba una aplicación tenáz, y en todas las clases era siempre de los que ocupaban lugar preferente.

La Academia de Jurisprudencia fué el Centro donde Ugarte reveló primero su gran cultura y sus dotes de polemista de extraordinarios arrestos.

Era en todo momento respetuoso con el adversario, pero en las ocasiones propicias manejaba la ironía magistralmente.

Llegó a ser en la Academia de Jurisprudencia uno de los mas prestigiosos miembros.

Su colaboración, lo mismo por escrito que de palabra, inspiraba siempre vivo interés, por lo mismo que jamás trataba un asunto sin haberse documentado antes, de suerte que los re-

de Ugarte, pues a este nadie le aventajó en las delicadezas del espíritu.

En el Parlamento encontró Ugarte campo adecuado para hacer valer su basta cultura y sus excepcionales dotes oratorias.

Muy joven desempeñó la Dirección General de Correos y la Subsecretaría de Gobernación.

Fué Ministro de Gracia y Justicia, Gobernación y Fomento, y en todos estos departamentos se recordará siempre la labor de Ugarte, por estar realizada con gran alteza de miras y preparación bien notoria.

En esta época tuvo ocasión de exteriorizar sus envidiables dotes de periodistas.

Sus cartas al «Diario de Barcelona» adquirieron merecida celebridad, pues en ellas se trataban los asuntos políticos de más interés con una maestría insuperable.

En 1909 desempeñaba la Fiscalía del Supremo cuando ocurrieron los tristes sucesos de la *semana sangrienta*.

Su viaje a Barcelona fué discutido con gran apasionamiento; pero el tiempo y los sucesos han evidenciado que procedió como cumplía a su alta magistratura y recto espíritu de justicia. Era Senador vitalicio y Académico de la de Ciencias Morales y Políticas.

Siempre figuró en la extrema derecha del partido conservador.

A los hombres de valer tan bien aquilatado como el de Ugarte, podemos los adversarios políticos testimoniarles nuestra admiración con la certeza de que este homenaje póstumo lo suscribirían todas las personas que anteponen las ideales de justicia a las exigencias sectarias de escuela.



EL DR. BARRAQUER



Una dolorosa experiencia me ha enseñado, que la confianza de los jóvenes en sus arrestos físicos puede ser para ellos y las familias de graves consecuencias, si al iniciarse una dolencia se dejan llevar por los caminos de la irreflexión.

Mas aún en las jóvenes que en los varones se da el caso de ocultar por pueriles miramientos de pudor, los primeros síntomas de dolencias que atacadas en su origen son fáciles de dominar, pero que al hacer presa en el individuo después de un largo periodo de gestación, la ciencia suele encontrar para dominarlas obstáculos invencibles.

El temor a que nos tachen de medrosos da motivo a que hagamos alardes de descuido cuando las dolencias no revisten caracteres alarmantes; y contra esta perniciosa obsesión, los padres y los médicos no debemos escatimar las palabras de protesta ni los consejos que el bien de todos demanda.

No tendría mi hijo José mas de 14 años cuando sufrió el primer ataque de iritis. Vivíamos entonces en Madrid y entre los más afamados oculistas de la Corte ocupaba lugar muy preeminente el Dr. Santa Cruz. A él acudí para que combatiera la enfermedad a la vista de mi hijo y siempre recordaré muy reconocido sus sabias indicaciones y prácticos consejos, pues de haberlos atendido mi hijo al pié de la letra, estoy persuadido de que se hubiera restado muchas horas de amargura y los cruentos sacrificios físicos a que le ha llevado la agravación de la iritis.

A un joven de 14 años que se encuentra sin molestias a la vista se le recomienda que use gafas ahumadas, esquive la influen-

cia de los rayos solares y se someta a otras prácticas que vienen a traducirse, en suma, un freno a su voluntad para no poder alternar con los compañeros en todo momento, presentándose además con trazas de naturaleza enfermizo, en el 80 % de los casos es valdía la recomendación.

Cuando la *iritis* revistió en mi hijo caracteres de gravedad, se sometió docilmente al plan curativo, pero dominado el ataque, una ilimitada confianza se apoderó de su ánimo, y le parecía depresivo aceptar en su plan de vida procedimientos que consideraba impropios de quien como él se encontraba en el vigor de la juventud.

Pasaron los años y la dolencia fué apoderándose del órgano atacado en términos que todos los cuidados eran pocos, y las grandes energías de mi hijo quedaron abatidas pasando del optimismo más irreflexivo a la sumisión mas dócil a las disciplinas médicas.

Con entereza de ánimo insuperable hizo frente a todos los quebrantos de salud, pero esto no impidió que llegara un día aciago en que le faltó la vista y se vió precisado a venir desde Canarias a la Península en el mayor estado de desaliento, y sin otra esperanza que la que le ofrecía la fama de eminente oculista del Dr. Barraquer.

Jamás un enfermo llegó a tener confianza tan ilimitada en el médico encargado de su curación, como mi hijo la puso desde el primer día en el sabio doctor catalán.

Se cumplió en aquellas circunstancias el adagio de que a grandes males grandes remedios, y el enfermo que tenía fe ciega en el gran oculista jamás pronunció una palabra de disconformidad con lo que este decía, ni ofreció la menor resistencia a sus decisiones, por más que estas fueron en algunos momentos de gravedad extrema.

El Dr. Barraquer operó con el acierto en él proverbial y cuidó a mi hijo con la solicitud e interés que hubiera puesto para una persona de su familia.

Como coronamiento de esta labor científica tan meritoria puso Barraquer un rasgo de generosidad que está de acuerdo con lo que ya habían hecho sus dignos colegas Creus y Galezowsky.

No dispongo de otros medios para corresponder a estas deudas de eterno reconocimiento con el Dr. Barraquer, que traducir en estas líneas un estado de alma que perdurará toda mi vida, con tanto mayor motivo cuanto que el Dr. Barraquer siguió luchando hasta su muerte con la pertinaz dolencia de mi hijo con la misma solicitud y liberalidad que lo hizo cuando por primera vez tuvo que operarle.

Dicha grande para este hombre eminente al ver a su hijo con talentos, vocación y arte profesional para escribir en la historia de la medicina nuevas páginas que puedan figurar sin desdoro al lado de las que trazó el padre y maestro.

También para el joven doctor abrió mi alma las puertas de la gratitud, pues su colaboración ha sido tan acertada como meritoria en la asistencia facultativa prestada por su padre a mi hijo.

Si la suerte no me hubiera llevado de la mano en días de desgracia a las clínicas de Creus, Galezowsky, y Barraquer, no es fácil asegurar la precaria situación a que con los míos hubiera llegado.

Por lo mismo que en mi lucha por la vida he visto la amistad tantas veces traicionada; los favores pagados con la mas negra ingratitud y las disciplinas de caridad y altruismo juzgadas con bastardía incalificable, me resulta doblemente satisfactorio consagrar este público reconocimiento de admiración a los que de modo tan nobilísimo demuestran, que no todo es miseria en nuestro estado social.



LOS PINTORES CONTEMPORANEOS
DE MERECIDO RENOMBRE

CARLOS VAZQUEZ

LOS TRES
DE LA



La enfermedad de uno de mis hijos me obligó a pasar una larga temporada en París, y en el Hotel Gibraltar, donde me hospedó siempre que voy a la capital de la vecina República, hallé como en otras ocasiones numerosa y lucida representación de las Repúblicas Hispano-Americanas.

Regresábamos una tarde de visitar el Museo del Louvre, y en el saloncito de lectura del Hotel encontramos extraordinaria concurrencia. Informados de las horas agradables que habíamos consagrado a admirar las obras maestras del genio, se hizo derivar la conversación hacia los grandes pintores españoles antiguos y modernos. Todos aquellos turistas americanos conocían minuciosamente las maravillas que encierra nuestro Museo del Prado y hablaron de ellas con el encomio que era de rigor.

De los pintores españoles modernos admiraban sus trabajos más notables y para todos tuvieron palabras de gran estimación, que estaban muy lejos de ser una lisonja obligada por las disciplinas de la cortesía.

Hay que vivir en el extranjero y oír a los extraños las justas alabanzas que merecen los hombres y las cosas que tenemos en España, para darse cuenta de los puros deleites del alma en esas horas en que el patriotismo llega a la mayor exaltación.

Todos aquellos compañeros de hospedaje, al hablar de Carlos Vázquez, lo hacían con palabras de indiscutible sinceridad, y en los entusiasmos que revelaban por el ilustre pintor, no había ni asomo de lisonja, porque personalmente les era desconocido y nada sabían de los vínculos de amistad que me unían a Váz-

quez y a su familia, ni de la circunstancia de ser los dos manchegos.

En el Hotel Victoria de Londres, Carlos Vázquez dió motivo con sus triunfos de gran artista a que los españoles que allí nos hospedábamos le fuéramos deudores de unas horas de viva satisfacción. Se habló de pintores de fama mundial bien conquistada, y por voto unánime se reconoció que había que colocar en lugar preferente al laureado manchego.

Han pasado algunos años. Tiene Carlos Vázquez bien ganado el cariño y la admiración de los manchegos, pues a sus grandes talentos se suma un espíritu netamente regionalista, que hace para nosotros doblemente simpática su admirable labor de artista insuperable. Sus lienzos más celebrados tienen figuras y paisajes arrancados de la tierra donde pasó los años de la juventud al lado de una familia de costumbres patriarcales.

Sometido el eximio pintor a las disciplinas de una educación en que se crean hábitos de trabajo y nobles anhelos de salir del limitado horizonte de lo vulgar, forma un corazón sano y una férrea voluntad; y cuando llegan los días de lucha, vence obstáculos y dificultades, y sube los primeros peldaños de la escala de la notoriedad, que son los que exigen mayor esfuerzo y suerte.

Jamás los triunfos le envanecen, y de la crítica toma el consejo acertado y sano, desentendiéndose del ruido de los aplausos, porque sabe que éste es veneno que engendra la vanidad y mata los generosos estímulos.

He leído con verdadero deleite los trabajos de crítica que en España y el extranjero se han dedicado a los lienzos admirables del celebrado pintor manchego; y de todos esos lisonjeros juicios saco la siguiente conclusión: que Carlos Vázquez es maestro consumado si pinta figuras, y lo es igualmente si consagra sus maravillosas facultades artísticas al paisaje. Los colores y la luz salen de su *paleta* como por obra de magia. ¡Qué maravillas realiza el celebrado autor de *La Suegra!*

Fuí Secretario General del Comité de España en la Exposición Universal de París, y allí tuve ocasión de aprender el talento y la suerte que precisa un artista para conseguir que los profanos le admiren y los técnicos le hagan justicia.

En el salón de París, donde tan contados son los pintores españoles que aspiran al triunfo, Carlos Vázquez le consiguió en buena lid, y las medallas que le otorgaron son un galardón que puede ostentar con legítima satisfacción.

La primera medalla que le dieron en la Exposición de Madrid por el famoso lienzo *El torero herido*, tuvo no sólo los votos del Jurado, sino también el aplauso unánime de cuantos visitaron las salas de aquel certamen.

¡Con qué complacencia veía yo a profanos y peritos extasiados ante la maravillosa obra de Carlos Vázquez!

El suceso fué fausto, pues el hecho de adquirir el Estado el cuadro, es testimonio irrecusable de que estaba bien aquilatado su gran mérito; pero mis amores regionalistas quedarían más lisonjeados si viera los celebrados lienzos de Carlos Vázquez en un Museo de Ciudad-Real, adquiridos por la Diputación Provincial.

Las primeras medallas que en Barcelona, San Francisco de California y Panamá ganó, confirmaron la justicia de esa fama mundial que con méritos tan acrisolados tiene conquistada.

La cultura general de Carlos Vázquez, su carácter afable, la modestia extremada y su especial don de gentes le han granjeado la estimación personal de cuantos le tratan.

Fué Presidente, cuatro años, del Círculo Artístico de Barcelona, y más tarde esta sociedad y el Círculo de Bellas Artes de Madrid le nombraron Socio de Honor. Hoy preside en Barcelona la Sociedad Artística y Literaria.

Las muchas veces que fué nombrado Jurado demostró que por nada ni por nadie haría traición a su conciencia de artista ni a los dictados de la Ética. En Bruselas y en Barcelona hay testimonios irrecusables de la verdad que encierran mis palabras.

Joven, muy joven llegó Carlos Vázquez a las cumbres de la celebridad, y en la plenitud de la vida va a pasar por la amargura de ver en crisis espantosa todos los valores espirituales.

Aquel poderoso imperio que le condecoró con el Aguila Roja ya no existe, y los delirios anarquistas han convertido en campo de Agramante el suelo donde todas las actividades tuvieron su imperio de bienestar y progreso.

De todos los ámbitos del mundo llegan los ecos de grandes perturbaciones sociales, que amenazan con un espantoso retroceso en el camino de los grandes adelantos. De esta crisis terrible es seguro que las Bellas Artes serán las que libren peor.

Los hombres de valer excepcional como Carlos Vázquez tendrán que poner a prueba su gran temple de alma, para salvar del naufragio los tesoros artísticos del pasado y procurar que las monstruosidades de una ignorancia desenfrenada no apaguen el fuego sagrado de la inspiración en el templo del arte.

«España y América» Cádiz



MUJERES CELEBRES

CONCEPCION ARENAL



Las estatuas deben levantarse al genio, a la santidad o al heroísmo; yo no soy un genio, ni una heroína, ni una santa.

C. Arenal.

Coincidió mi llegada a La Coruña, para posesionarme de la Delegación de Hacienda, con la celebración del Congreso Penitenciario de Julio de 1914.

La circunstancia de haber visitado bastantes cárceles de partido, con objeto de estudiar las mil anormalidades que hacían de estos centros, que debían ser de corrección, un vivero de funestas enseñanzas y prácticas perniciosas, me permitía llevar a las deliberaciones y acuerdos del Congreso Penitenciario observaciones y juicios que no carecían de interés y actualidad.

Es costumbre en todos los países, el reunir los Congresos de los hombres notables dedicados a una especialidad de estudios, en las poblaciones donde los ideales de aquel ramo del saber han llegado a cristalizar en venturosas realidades.

Por el hecho de haber nacido Concepción Arenal en El Ferrol, y contar entre sus paisanos con tantos entusiastas, supuse yo que La Coruña tendría una cárcel de partido ajustada a los últimos adelantos de la ciencia penal; y mi primera visita fué para comprobar cómo el apostolado de aquella gallega ilustre había influido en la reforma penitenciaria de su país. La desilusión no pudo ser más completa. El aspecto exterior del edificio donde estaba la cárcel de Audiencia era en extremo deplorable, y las impresiones que del interior se recogían llevaban el ánimo por el camino del desencanto.

Cuando, en los días de incorporarse a filas, vemos por las calles a los reclutas, puede observarse que los que llevan el corazón oprimido son precisamente los que más se esfuerzan por demostrar gran entereza de ánimo; una cosa análoga sucede en las cárceles que viven bajo las malas prácticas del antiguo régimen.

Desde la calle se oía el canto blando y forzado de algunos jóvenes que, pretendiendo demostrar un estado de ánimo regocijado, exteriorizaban el hastío y el abatimiento, que son compañeros inseparables de la holganza y la falta de libertad.

El resultado de mis informaciones locales no permitía decir en el Congreso Penitenciario palabras de encomio para los frutos de la obra de redención acometida por la insigne escritora en favor de la población penal, y juzgué poco cuerdo presentarme a los coruñeses con frases avinagradas y de reproche cuando el cargo oficial que desempeñaba requería vivir en el mejor acuerdo y armonía.

A los pocos meses de clausurada la asamblea, la prensa local se ocupó de la próxima inauguración del monumento a Concepción Arenal. Si Concepción Arenal recibe en vida estos homenajes, hubiera dicho que su apostolado en favor del pobre y del preso no obedecía a pequeñas solicitudes del amor propio, sino a las satisfacciones de un alma sana y generosa.

¡Conqué vehemencia habría requerido la gran escritora gallega la liberalidad de sus paisanos, para llevar a más prácticos destinos todos los recursos por ellos aportados con objeto de rendirle homenajes que pasen a la posteridad y recuerden a esta cuanto hicieron aquel gran corazón, aquella extraordinaria cultura y aquella voluntad de acerado temple para buscar alivios y consuelos a los infortunios de los desvalidos!

Decía la ilustre escritora que para ella *no había espectáculo tan hermoso como el de la belleza moral*; y los que rendimos a su memoria entusiasmo y admiración, es lógico que, teniendo siempre como guía de conducta las normas marcadas en sus escritos,

acomodemos nuestro proceder al plan tan sabiamente trazado por aquella inteligencia superior.

¡Con qué atención y acierto examina Concepción Arenal, en *El Visitador del preso*, las condiciones que deben reunir los empleados de las prisiones! Deseaba ella que este empleado fuera *el hombre nuevo, el funcionario que ejerce una elevada misión, una especie de sacerdocio para el que necesita estar ungido por la ciencia y la caridad.*

Cierto que los empleados que hoy se mandan a las prisiones van preparados para grandes empeños, pero éstos no pueden realizarse, porque el Estado niega de ordinario al preso y priva lo que lo custodia de todos aquellos elementos económicos y morales que son factores precisos para la obra de redención en el orden penal.

En algunas cárceles de partido siguen como dormitorios de la población penal las inmundas *cuadras* con retrete abierto, foco de graves enfermedades que, aniquilando aquellos organismos debilitados por las condiciones de vida en que se encuentran, pagan a la enfermería un tributo bien espléndido.

Deseaba Concepción Arenal que *el delincuente, en vez de malar a los buenos y débiles y hacer peores a los malos, contribuyera a purificar a los mejores;* y ambicionaba convertir la pena en remedio que curase todas las ponzoñas del malvivir.

No pensaría ciertamente la publicista insigne que sus generosas propagandas, tan enaltecidas por los contemporáneos y tan ensalzadas por la posteridad, sólo tendrían eficacia para concertar las voluntades en hora de entusiasmos por su ilustre nombre.

La población penal está muy lejos de los ideales de la autora de *Los estudios penitenciarios* y *Las Cartas a los Delincuentes*: ahora, como siempre, siente vivos anhelos de libertad; pero pocos cuidan de tomar las necesarias previsiones para que, al volver a la sociedad, pueda disfrutar de una ciudadanía honesta.

«España y América» Cádiz

APENDICE

CAZADEROS NOTABLES DE ESPAÑA

LA FAMOSA "ALBUFERA"
DE VALENCIA

El nombre de «Albufera» es corrupción del árabe Al-Bugira, que significa El Lago.

En su principio ocupó el Lago una extensión de 25.000 hectáreas y según los últimos trabajos del Instituto Geográfico y estadístico está ya reducido a 3.391 hectáreas y 75 áreas.

La Albufera se encuentra citada por los escritores romanos y árabes, y debió explotarse en tiempos de la dominación de este último pueblo en forma análoga a como se hizo después de la conquista.

Plinio se ocupa del Lago como sitio de gran amenidad, y Beuter aparenta dar crédito a la versión que en su tiempo circulaba, de que el Lago lo había formado Cneo Scipión.

La Albufera estuvo en poder del Real Patrimonio hasta el 26 de Marzo de 1706 en que Felipe V para recompensar los servicios que le había prestado en la guerra de sucesión D. Cristóbal de Moscoso, Conde de las Torres, le hizo merced de la villa y Marquesado de Cullera, con agregación del Señorío de la Albufera y todos sus derechos.

El 18 de Julio de 1761 se publicaron las Reales Ordenanzas del Lago de la Albufera, que poco después volvió a incorporarse a la Corona, asignándole al Conde de las Torres una cantidad equivalente al importe de las rentas que anualmente obtenía de la Albufera.

Carlos IV cedió el Lago a D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, a cambio del cortijo de San Isidro, de Aranjuez.

En 1814 Fernando VII dispuso que la Albufera se conceptuase como de su patrimonio.

El Mariscal Suchet fué nombrado Duque de la Albufera y Señor del Lago de la Selva con todas sus riquezas.

En los Registros de la Propiedad de Valencia, Torrente y Sueca aparece inscrito en el Real Lago de la Albufera con una superficie cubierta de agua dulce de 102.855 hanegadas a nombre de Doña Isabel II. Pasó a ser del Estado en 1865.

El patrimonio de la Corona fué extinguido por la Ley de Diciembre de 1869, pasando en esta fecha la administración de la Albufera a las dependencias de Hacienda. En 15 de Octubre de 1873 se suprimieron las *Baylias*, viniendo los Delegados a sustituir a estos antiguos funcionarios de la Corona.

En 1883 la Dirección General de Propiedades mandó instruir expediente para la venta de la dehesa y demás terrenos de la Albufera que fueran enagenables; pero no prosperó esta iniciativa.

En 1904 se formó una Sociedad con objeto de establecer en el Lago un servicio de lanchas de vapor. La idea no prosperó por causas que desconozco.

Siempre estimé descabellado el proyecto de hacer la desecación de la Albufera, pues el Lago como sitio de amenidad y recreo, tiene alicientes que son obra de los siglos y que una vez perdidos, no habría medio de recuperar. En este caso se encuentra la inmigración de las aves preciosas y raras que procedentes de los más lejanos países del globo, vienen a pasar los meses de frío en las *matas* y *marzales* de la Albufera.

Ni en España ni en el extranjero hay cazadero que tenga fama tan merecida como la conquistada por este Lago en el transcurso de muchas centurias.

Hablando de la Albufera en los días en que las aves acuáticas huyen de los fríos del norte dice el eximio cronista de Valencia Sr. Llorente:

«Parece entonces el Lago un inmenso parque ornitológico en el que pueden estudiarse bien las numerosas familias pertenecientes a los órdenes de las zancudas y palmípedas.»

El Dr. D. Ignacio Vidal, catedrático de Zoología en la Universidad de Valencia publicó en interesante estudio sobre las aves que pueblan la Albufera, y reseñaba ciento cincuenta especies. Se calcula que exceden de 200.000 aves las que acuden a la Albufera y sitios inmediatos en los meses de frío.

Las cacerías que se organizaron con objeto de festejar a la Emperatriz Eugenia, a la Reina Isabel II, al General Prim y a otras personalidades distinguidas, han dejado imperecederos recuerdos entre las personas pescadoras, por los grandes beneficios que reportaron.

La dehesa de la Albufera está situada de tal suerte, que no es posible imaginar nada más apropósito para establecer un coto de caza menor. Rodeada de agua la casi totalidad de su perímetro, no hay el peligro de que abusen los cazadores furtivos ni de que los animales puedan marcharse a otras propiedades.

La dehesa está ventilada por los aires del mar, y las edificaciones que en ella se levanten pueden reunir las mejores condiciones de salubridad.

Pedro IV concedió un privilegio para que pudiera edificarse una casa de piedra destinada a hospedar a los reyes cuando fueran de caza.

Tanto la Albufera como la dehesa, fueron cedidas por la Ley de 23 de Junio de 1911 al Ayuntamiento de Valencia, con la condición de satisfacer al Estado el capital que resulte de valuar al 4% el importe de los aprovechamientos que existían al promulgarse dicha ley.

Conociendo las aficiones cinegéticas de D. Alfonso, considero fuera de toda duda que los valencianos no han de escatimar esfuerzos y gastos a fin de conseguir que sea la Albufera el sitio preferido por el Monarca para cultivar un *sport* en que tantos y tan legítimos triunfos ha conseguido.



El Mariscal Suchet fué nombrado Duque de la Albufera y Señor del Lago de la Selva con todas sus riquezas.

En los Registros de la Propiedad de Valencia, Torrente y Sueca aparece inscrito en el Real Lago de la Albufera con una superficie cubierta de agua dulce de 102.855 hanegadas a nombre de Doña Isabel II. Pasó a ser del Estado en 1865.

El patrimonio de la Corona fué extinguido por la Ley de Diciembre de 1869, pasando en esta fecha la administración de la Albufera a las dependencias de Hacienda. En 15 de Octubre de 1873 se suprimieron las *Baylias*, viniendo los Delegados a sustituir a estos antiguos funcionarios de la Corona.

En 1883 la Dirección General de Propiedades mandó instruir expediente para la venta de la dehesa y demás terrenos de la Albufera que fueran enagenables; pero no prosperó esta iniciativa.

En 1904 se formó una Sociedad con objeto de establecer en el Lago un servicio de lanchas de vapor. La idea no prosperó por causas que desconozco.

Siempre estimé descabellado el proyecto de hacer la desecación de la Albufera, pues el Lago como sitio de amenidad y recreo, tiene alicientes que son obra de los siglos y que una vez perdidos, no habría medio de recuperar. En este caso se encuentra la inmigración de las aves preciosas y raras que procedentes de los más lejanos países del globo, vienen a pasar los meses de frío en las *matas* y *marzales* de la Albufera.

Ni en España ni en el extranjero hay cazadero que tenga fama tan merecida como la conquistada por este Lago en el transcurso de muchas centurias.

Hablando de la Albufera en los días en que las aves acuáticas huyen de los fríos del norte dice el eximio cronista de Valencia Sr. Llorente:

«Parece entonces el Lago un inmenso parque ornitológico en el que pueden estudiarse bien las numerosas familias pertenecientes a los órdenes de las zancudas y palmípedas.»

El Dr. D. Ignacio Vidal, catedrático de Zoología en la Universidad de Valencia publicó en interesante estudio sobre las aves que pueblan la Albufera, y reseñaba ciento cincuenta especies. Se calcula que exceden de 200.000 aves las que acuden a la Albufera y sitios inmediatos en los meses de frío.

Las cacerías que se organizaron con objeto de festejar a la Emperatriz Eugenia, a la Reina Isabel II, al General Prim y a otras personalidades distinguidas, han dejado imperecederos recuerdos entre las personas pescadoras, por los grandes beneficios que reportaron.

La dehesa de la Albufera está situada de tal suerte, que no es posible imaginar nada más apropiado para establecer un coto de caza menor. Rodeada de agua la casi totalidad de su perímetro, no hay el peligro de que abusen los cazadores furtivos ni de que los animales puedan marcharse a otras propiedades.

La dehesa está ventilada por los aires del mar, y las edificaciones que en ella se levanten pueden reunir las mejores condiciones de salubridad.

Pedro IV concedió un privilegio para que pudiera edificarse una casa de piedra destinada a hospedar a los reyes cuando fueran de caza.

Tanto la Albufera como la dehesa, fueron cedidas por la Ley de 23 de Junio de 1911 al Ayuntamiento de Valencia, con la condición de satisfacer al Estado el capital que resulte de valuar al 4^o/_o el importe de los aprovechamientos que existían al promulgarse dicha ley.

Conociendo las aficiones cinegéticas de D. Alfonso, considero fuera de toda duda que los valencianos no han de escatimar esfuerzos y gastos a fin de conseguir que sea la Albufera el sitio preferido por el Monarca para cultivar un *sport* en que tantos y tan legítimos triunfos ha conseguido.



BIBLIOGRAFÍA

El Ahorro y la Lotería

El éxito lisonjero que en España ha tenido el libro de Rivas Moreno *EL AHORRO Y LA LOTERÍA*, está más que justificado; pues en la primera parte del volumen se hace un estudio admirable de las diversas modalidades del Ahorro; trabajo de gran novedad, que hasta ahora no habíamos visto en ninguna de las obras destinadas a estudiar estos problemas.

Sobre los perniciosos efectos de las *Loterías* y las *rifas* discute Rivas Moreno con singular acierto al estudiar en la práctica de la vida la inversión perniciosa que se da a las modestas economías de la familia obrera y de la burguesía.

La Lotería, estima Rivas Moreno que es de todas las formas del juego la más perniciosa, porque somete a los jugadores a las disciplinas del delirio de grandezas, y agosta los hábitos de laboriosidad y economía.

En este libro merece señalarse la parte destinada a Legislación, pues se han coleccionado las leyes, Reales decretos y Reales órdenes referentes a Cajas de Ahorros, Montes de Piedad, Caja Postal, Cajas Rurales, Sindicatos, Cooperativas, etc., etc.

Todas las Instituciones que cultivan el ahorro, habrán adquirido ya seguramente la obra de Rivas Moreno, y tendrán comprobado que se trata de un libro de doctrina sana y de instrucciones prácticas y precisas.

La impugnación de las ideas comunistas está hecha por Rivas Moreno de mano maestra, y la frase de que *cada Institución de Ahorro que se crea es un baluarte para la defensa del derecho de propiedad*, es de las que perduran.

La colección de fotograbados es realmente notable. Recordamos los retratos de Raiffeisen; Marqués de Pontejos; D. Francisco Piquer; D. Ricardo Iranzo Paracuellos, gerente de la Caja de Ahorros de Zaragoza; Marqués Giuseppe de Capitani D'Arzagos, presidente del Consejo Internacional de las Cajas de Ahorros; D. José Iglesias, director de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Santander; D. Rafael Fernández Sayer, director de la Caja de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife; D. Rafael Caballero Rodríguez, director de la Caja de Ahorros de Las Palmas; D. José Moreno Pineda, administrador general de la Caja Postal.

Este notable volumen, se vende en todas las Librerías, pero el depósito lo tiene la LIBRERÍA AGRÍCOLA, calle de Fernando VI, 2 Madrid.

BIBLIOTECA DE LA COOPERACION

Obras de RIVAS MORENO

	PESETAS.
Vol. I	Bodegas y destilerías cooperativas. 2
Vol. II	Lecherías y queserías cooperativas. 3
Vol. III	La cooperación agrícola en el extranjero. 3
Vol. IV	El Obrero de levita. 2
Vol. V	La Mutualidad y los asalariados. 2
Vol. VI	Panaderías y carnicerías cooperativas. 2
Vol. VII	Lamunicipalización de los servicios. 2
Vol. VIII	Cómo se funda una Coopt. ^a de consumo. 4
Vol. IX	Cómo se funda una Caja Rural. 4
Vol. X	Cajas rurales y Sindicatos agrícolas. 2
Vol. XI	La Cooperación agrícola en Rusia. 1
Vol. XII	El Ahorro en España. 1
Vol. XIII	Las Cooperativas de consumo. 1
Vol. XIV	Las Cooperativas de producción. 1
Vol. XV	Los Bancos populares. 1,50
Vol. XVI	Parcelación de latifundios y cooperación integral. 1,50
Vol. XVII	La Cooperación ante la Ley. 2
Vol. XVIII	Propagandas Cooperativas. 1
Vol. XIX	Para descongestionar las grandes urbes. 1
Vol. XX	El Ahorro y la Lotería. 8

FOLLETOS

Los Milagros del pequeño ahorro.—El Ahorro del emigrante.—Los progresos de la Cooperación en la Argentina.—Los progresos del Ahorro en Chile.—La Cooperación y el Ahorro.

AGRICULTURA

LA LANGOSTA—Medios más prácticos para combatirla. Obra premiada por la Academia de Ciencias de Zaragoza.	3
LOS PROGRESOS DEL CAMPO Y LA COOPERACION	10